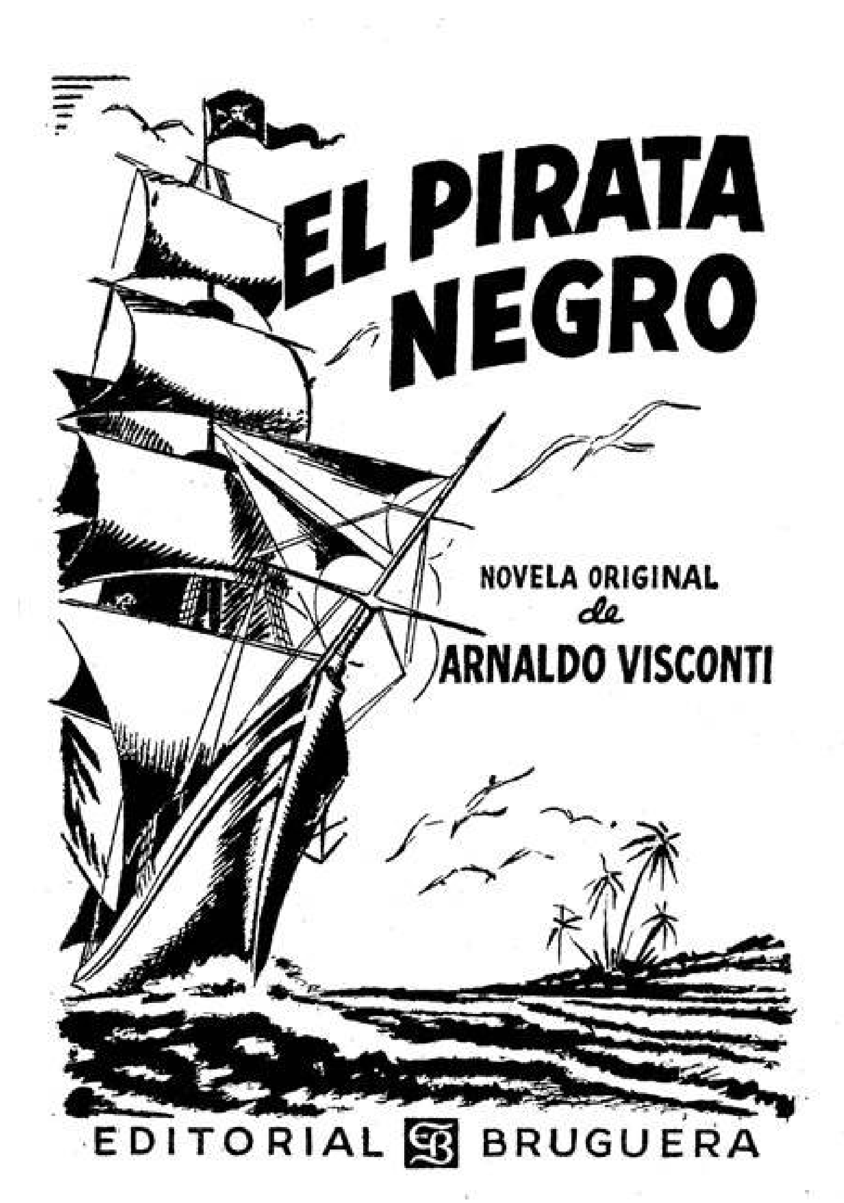
EL PIRATA NEGRO

por

ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

AGUAS REVUELTAS



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Aguas Revueltas

Colección El Pirata Negro n.° 64

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


AGUAS
REVUELTAS

CAPÍTULO PRIMERO

...Ganancias de pescadores

El litoral del Océano Pacífico, comprendido entre los 10 grados latitud Norte y los 20 Sur, y que comprendía desde el Golfo de Panamá hasta la salida al mar de la ciudad de Potosí, recibía desde el siglo XVII la calificación de “Costa Dorada”.

Siguieron empleando este nombre todos aquellos a quienes la diosa Fortuna favorecía por aquellos parajes, pero en los albores del siglo XVIII añadióse otra frase simbólica para designar la misma región: “Aguas Revueltas”.

Y la hicieron común, los que lamentaban pérdidas familiares o monetarias, como consecuencia de las breves pero temibles incursiones piratescas que, iniciada primero audaz y esporádicamente, fueron aumentando en número y periodicidad a causa de diversas circunstancias.

La voz populi daba como motivo básico al estado de perenne alarma en que vivían los poblados y ciudades do la Costa Dorada, la riqueza de ésta y la falta de castigos ejemplares contra los piratas que merodeaban por aquellos parajes, revolviendo con sus andanzas náuticas y terrestres el paradójico Pacífico y su litoral sudamericano.

Este comentario era expuesto por, gentes benévolas y poco amantes de hirientes Críticas.

Pero otras opiniones había, que si bien reconociendo como verdaderos los motivos anteriores —falta de castigo y riqueza de botín— añadían pareceres henchidos de veneno suspicaz porque no podían demostrar con pruebas la realidad de lo que afirmaban.

Decían que muchos eran los personajillos de las residencias virreinales y gubernamentales, que viviendo dilapidando,

necesitaban siempre llenar sus exhaustos cofres. Y que lo que conseguían informando a los que preparaban pillajes, advirtiéndoles del momento más propicio, por carecer la plaza de guarnición.

Otros, ateniéndose más a realidades, si bien no negaban la anterior posibilidad, exponían que muy difícil resultaba extinguir los focos de piratería, por la sencilla razón de que al envés de lo que antes sucedía en el Caribe, ningún pirata alardeaba de su condición, prefiriendo disfrazarse con ropajes y aspecto de mercader o de honesto marino de cabotaje. Y aumentaba la dificultad al desconocerse los parajes donde anclaban las naves piratas.

Cundió prontamente otro rumor: si los piratas asolaban la Costa Dorada, debíase a que habían sido desplazadas sus naves del Caribe, ante la acometida eficaz de la Legión del Mar acaudillaba por el conde Ferblanc.

Por lo tanto, en el fondo, los ciudadanos de la Costa Dorada, achacaban indirectamente al conde Ferblanc el continuo desasosiego en que vivían, no sabiendo nunca si al amanecer o en plena fiesta palaciega, vería use de pronto ensordecidos por clamores bélicos de bestiales saqueadores.

Fueran las causas las que fueran, lo cierto es que de vez en cuando virreyes y gobernadores tenían que salir al paso de los infundios, publicando edictos o proclamas, tratando de calmar la opinión y argumentando más o menos sensatamente, según la habilidad retórica de sus consejeros.

Froilán Duque, relator y consejero del gobernador de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, era hábil retórico, y ayudado por el joven secretario Fadrique Menéndez, de la personal confianza del gobernador, estaba componiendo una proclama, que a su parecer, habla de merecer plena aprobación por don Ramiro Luances de la Gándara.

Pero antes, arreció en sus críticas, iniciadas el día en que asistiera escandalizado “al comportamiento del ensoberbecido conde Ferblanc”.

—Conceder tunta importancia a un mercenario peleador es menospreciar al talento de los que, dictando leyes, son los que en realidad salvaguardan las haciendas y vidas de sus semejantes, gracias a la sagaz previsión que..,

—Por favor, barón-atajó con mimo irónico, una criollita esbelta,

casi una niña.

Nereida Gallardo era tenida por un prodigio de agudeza, y sus comentarios ponían muchas veces en serios aprietos a sesudos varones tales como el propio Froilán Duque, barón de la casa de Trévora.

Si se añadía a su natural agudeza el enamoramiento que la adinerada y joven criolla había suscitado en el barón relator, no es de extrañar que Froilán Duque, sesentón adiposo y almibarado, dedicara miradas siempre benévolas a la que permitíase con él toda clase de libertades.

—¿Acaso no es cierto lo que sustento, mi linda criatura? —preguntó Froilán Duque, mirando con dulzura a través de su lente de grueso cristal rodeado por cerco de oro que sostenía larga varilla de nácar, a la que los comentaristas maliciosos apodaban “la favorita del favorito”.

—Vos pretendéis que bastan las leyes, y la realidad demuestra todo lo contrario, pues ¿de qué sirven códigos y proclamas si no son apoyados por la fuerza armada? En nuestras ciudades no hay tranquilidad, habiendo exceso de leyes y carencia de guarniciones. Por lo tanto, no os debe extrañar que se conceda tanta importancia a quien como el conde Ferblanc, es la representación genuina de la fuerza, único factor capaz de resolver satisfactoriamente la revuelta situación de la Costa Dorada.

Los cuatro personajes sentados alrededor de la mesita instalada en el despacho del relator, salita anexa al despacho del gobernador, formaban entre sí un notable contraste.

Nereida Gallardo, a no ser por su femenino atavío, hubiese podido ser confundida con un efebo; tal era la lisa endeblez de su frágil anatomía.

Froilán Duque, grueso y velludo, mostraba en su rostro la mayor semejanza con una rana.

Fadrique Menéndez, el joven secretario del gobernador, de pequeña estatura, delgado y enfermizo, recargaba su atuendo con profusión de lazos y encajes.

Y seguramente por la ley de los contrastes, estaba rendidamente sumiso al menor capricho de la opulenta y hermosa Cresilda López, hermana del criollo astuto que en poco tiempo había logrado cimentar una de las más poderosas casas de Banca de Sudamérica.

Tanto Cresilda como Nereida eran siempre vistas en compañía de los dos conspicuos personajes del palacio gubernamental.

Los comentarios dividíanse en dos bandos: unos que atribuían el noviazgo de ambas parejas a mutuas conveniencias de intercambio de talegas por blasones, y otros que afirmaban que dado el real enamoramiento de los dos españoles, debía buscarse más hondas raíces secretas al aparente eco amoroso de las dos ricas criollas.

Lo cierto era que ninguno de los dos políticos tomaba decisión alguna sin comentarla con sus elegidas.

Por esta razón, en la composición de la proclama que les había reunido, tomaron parte la aguda perfidia Nereida, la hábil retórica de Froilán Duque, el archivo de informes que era Fadrique Menéndez y el sentido común representado por Cresilda López.

La alusión de Nereida a la eficacia del conde Ferblanc, produjo en Froilán Duque una reacción lindante con un incipiente sentimiento de celos.

—Sois demasiado exquisita, mi linda criatura, para suponeros capaz, al igual que una vulgar cortesana aburrida, de apreciar el valor efectivo del conde Ferblanc más que por sus méritos, por la sola influencia fascinante de su pasado tormentoso, y de su aspecto varonilmente agresivo de aventurero acostumbrado a fáciles buenas fortunas.

En vez de ser la aludida la que replicó, lo hizo en su lugar Cresilda López:

—Bien sabéis, barón, que tanto Nereida como yo prescindimos del aspecto físico del conde Ferblanc al enjuiciar su eficiencia, que ha quedado demostrada en su labor como jefe .le la Legión del Mar, en el lejano Caribe.

Como siempre que oía hablar a su adorada, Fadrique Menéndez asentía con aprobadores movimientos de cabeza, dando a entender el muy buen juicio que tenía del real sentido común de la que, en colaboración con su hermano, había demostrado ser falso el refrán popular: “la hermosa lustrosa suele ser sosa y sin juicio”.

—Lo que resulta evidente —siguió diciendo Cresilda López-es que la revuelta situación favorece a todos los seres desprovistos de escrúpulos.

—Lo cual puede plasmarse en la expresión de que en “Aguas revueltas, ganancias de pescadores”.

Quizá, como siempre que se hallaban los cuatro juntos, la conversación hubiera proseguido por el terreno de las divagaciones, de no haber sido por la repentina aparición del propio gobernador.

Don Ramiro Luances de la Gándara, era considerado como prototipo del hombre de mundo, del galante caballero por excelencia. Afable, ameno y extremadamente cortés; era calificado de encantador por las damas, y de agradable por los caballeros.

—Tenéis toda la razón, Cresilda —aprobó el gobernador, acercándose a los reunidos.

Ellas, levantándose, hicieron sendas reverencias, mientras el relator y el secretario saludaban profundamente.

—Sentaos, amigos míos-invitó Su Excelencia —. Siempre me es grato conversar con quien aporta ideas luminosas encaminadas a mejorar los intentos de hallar solución a los graves y enojosos problemas que tristemente han añadido a la Costa Dorada el sobrenombre genérico de “Aguas Revueltas”.

Cogió el madrileño el texto escrito con la letra de Fadrique Menéndez, dictado en su mayor parto por Froilán Duque, con las acotaciones añadidas por Cresilda y Nereida.

—Pendiente de vuestra superior aprobación, Excelencia-dijo Froilán Duque-he compuesto la proclama que me ordenasteis y que será colocada en todos los lugares visibles de la capital y de sus puertos.

Afectando una discreción que no sentían, tanto Cresilda López como Nereida Gallardo, solicitaron venia para retirarse.

El propio gobernador las acompañó hasta el umbral del despacho, despidiéndolas con un galante besamanos, y al irse ellas regresó sosteniendo en la diestra el resultado de la labor conjunta de las dos parejas.

—Espero, mi buen Froilán-sonrió Luances-que habrá disminuido vuestro rencor contra el poco sociable conde Ferblanc. Y aun suponiendo que el citado no fuera más que un grosero perdonavidas, deberíamos aceptarlo así con la mejor de nuestras sonrisas, habida cuenta que empeora de día en día la situación en “Aguas Revueltas”.

Fadrique Menéndez reprodujo el ademán con que aprobaba anteriormente cuanto decía Cresilda, porque consideraba a su superior un preclaro exponente del buen juicio.

—Nunca he sido pesimista ni dado a suscitar alarmas, amigos míos, —siguió diciendo el gobernador-pero dada la situación actual estimo casi que tiene visos de providencial la arribada a nuestras costas del conde Ferblanc. Vos, barón, dijisteis recientemente que oh parecía exagerada la importancia concedida por mi autoridad al conde Ferblanc.

—Insisto, excelencia, en que dicho caballero no está dotado de poderes milagrosos ni es un titán mitológico que con el solo auxilio de su espada, vencía a infernales dragones. Creo que, como suele ocurrir, la fama ha exagerado grandemente al pasar de boca en boca, las mayores o menores hazañas realizadas por el señor conde Ferblanc.

—No debéis olvidar que si fié capaz de lograr aunar en una sola escuadra elementos tan dispares como rígidos marinos de nuestra armada y liberados de presidio, formando así la disciplinada Legión del Mar, mereciendo además la total confianza del almirante Diéguez, es porque, sin lugar a la menor duda, es el jefe nato que en tiempos del Renacimiento italiano se llamaba condottiere y actualmente resucita la fuerte personalidad de los que conquistaron esta misma tierra en que ahora representamos nosotros la autoridad delegada de nuestro rey.

Por unos instantes, el gobernador dedicóse a echar una ojeada al texto que, pocos días después, aparecería impreso en carteles por la capital y su puerto principal, Buenaventura.

—Aprobado —decretó Luances al terminar de leer, devolviendo las hojas escritas al relator—. Y ahora debo felicitaros por vuestra discreción.

Perplejo, el barón de Trévola, intentó adivinar a qué clase de discreción referíase su superior.

Y fue Fadrique Menéndez el que sacó de dudas a su compañero, interviniendo:

—Consideré, Excelencia, que no debía hacer alusión alguna delante de las dos damas, al descubrimiento que hice por medio de mi mejor agente investigador.

—¡Ah!... Entonces, ¿nuestro amigo ignora lo que sucede en “Aguas Revueltas”?

Con una mirada de excusa hacia su amigo, Fadrique Menéndez aclaró:

—Si bien nuestras respectivas prometidas son de entera confianza, juzgué más prudente no comentar ante ellas la gravedad de los hechos, y por ello no se hace mención ninguna en la proclama.

—Ni deberá hacerse. Es secreto que no debe salir dé nosotros tres.

La curiosidad pudo más que el protocolo en Froilán Duque, el cual inquirió:

—¿De qué se trata?

—Es complejo y sinuoso, como todo plan en el que se ventilan grandes intereses. Un agente de nuestro amigo-y señaló el gobernador al joven secretario-ha aportado ciertas pruebas que conducen a la casi certidumbre de que la Costa Dorada suscita un fuerte interés en determinada potencia extranjera.

—Sabido es, excelencia, que siempre esta tierra ha sido objeto de codicias por parte de Francia, Gran Bretaña y Holanda. Pero por las armas no pueden apoderarse de ella.

—Cierto que no, y los representantes de dichas naciones, no lo ignoran.

—Entonces...

—Es mucho más sencillo el proyecto enemigo. Sencillo, y hasta cierto punto eficaz.

—El terreno defendido por un soldado español, nunca será hollado por planta extranjera.

—Alabo vuestro patriotismo, mi buen Froilán, pero si bien en el suelo de Sudamérica son muchos los cachorros; del león español, hay medios de obligarles a envainar la espada sin tan siquiera intentar la defensa.

—¡No lo creo posible, excelencia! Y perdonad el atrevimiento de contra deciros.

—Vos, como buen español, juzgáis imposible que una tierra como ésta, conquistada y regada con sangre española, pueda pasar a manos de potencias extranjeras.

—Lo considero del todo imposible.

—No obstante, hay otros medios. ¿Vos defenderíais una tierra a la que vuestro Rey declarara costosa en vidas y sacrificios?

—No comprendo, excelencia.

—Son ya varios; los embajadores que en la Corte de Madrid y de

regreso de esta tierra, han opinado que si bien eran grandes los ingresos obtenidos, también eran enormes las pérdidas que en vidas españolas y en barcos, costaba el sostenimiento de nuestros virreinatos sudamericanos. Podrían los consejeros del rey, mal aconsejarle, recomendando el abandono de nuestras posiciones.

—¡Imposible!

—Quizá por ahora, sí. Pero suponed, querido Froilán, que una serie sucesiva de calamidades se abatiera sobre la Costa Dorada, asolando puertos, incendiando palacios y causando numerosas víctimas. Cundiría la alarma, que llegaría a la Corte de Madrid.

—Para esa serie de calamidades se precisaría una numerosa fuerza enemiga. Y entonces, España declararía la guerra a la potencia autora de esas agresiones.

—El proyecto, según el informe del agente de Fadrique, es hábil. Trátase de reunir las fuerzas dispersas de la piratería. Facilitarles, barcos si es preciso, víveres y pertrechos. Es decir, que permitiendo a los piratas saciar sus instintos criminales, la potencia a que se refiere el informe, atacaría sin desenmascararse. Infortunadamente, el agente, que es esperado esta mañana, no ha conseguido aun suficientes pruebas.

—Pero, excelencia, aun suponiendo que este infame proyecto...

—En la guerra sorda entre grandes naciones, nada es .infame, mi buen Froilán.

—Aunque obtuvieran algunos éxitos en el ataque inicial, no por eso iba a pasar a poder de ellos esta magnífica tierra.

—Sí. Porque son varías las roces que tanto Holanda, como Gran Bretaña, han hecho ofertas de adquisición. Han pedido primeramente cesiones de anchas zonas costeras, pagándolas a precio que equivale casi al peso de la tierra limpia.

—Ahora veo-dijo de pronto Froilán Duque.

—Los tres vemos-dijo, sonriente, Luances —. Una serie de calamidades, seguramente influiría en el ánimo do los consejeros del rey, para acceder a las peticiones holandesas o inglesas. Porque dirían que perder continuamente, no recompensa y preferirían engrosar las arcas del Estado con el producto de la venta a Holanda o Gran Bretaña. ¿Comprenderéis ahora por qué concedo tanta importancia a que el conde Ferblanc logre constituir aquí una organizada flota que al igual que la Legión del Mar del Caribe,

asegure todo el litoral de la Costa Dorada?

—En efecto. Ahora comprendo toda la importancia une supone este proyecto para contrarrestar el pérfido plan enemigo que...

Se detuvo Froilán Duque, porque ocurrió un hecho del todo improcedente; alguien estaba golpeando fuertemente la puerta, que vibraba baja luí recias sacudidas.

Por fin, la puerta abrióse por un lado, saltando de sus goznes y un ujier presentó las espaldas intentando inútilmente apartar a un individuo, que ensangrentada la faz y en desorden la ropa, llevaba en la diestra la espada con cuya empuñadura había estado golpeando la puerta.

—¡Álvaro! —exclamó Fadrique Menéndez, al reconocer en el individuo malherido, su mejor de sus agentes.

—Dejad pasar —ordenó Ramiro Luances.

El llamado Álvaro, al apartarse el ujier, avanzó con paso vacilante, llevándose la mano izquierda al costado herido, por el que manaba sangre en abundancia, al igual que por su sien cortada.

—Me disponía... a entrar en el jardín de... palacio-empozó a decir con voz débil, pero audible —... cuando... de un seto partió brazo armado...

Cayó arrodillado, vidriados ya los ojos, y exclamó furiosamente, en último resto de energía:

—¡Has sido... tú!...

Y tendió el índice acusador hacia la mesa a cuyo alrededor uníanse los tres prohombres.

Pero su índice no tuvo fuerza para señalar con precisión; se desplomó de bruces, y quedó inmóvil.

Levantóse el gobernador, mirando con curiosidad a sus dos compañeros de gobierno:

—Álvaro ha acusado a uno de nosotros de ser el autor moral de su muerte. ¿Quién de nosotros tres se siente culpable?

Froilán Duque, roja la faz, alzóse con vehemencia:

—¡Estimo que no debéis conceder fe a las palabras extraviadas de un agonizante, excelencia!

—Un hombre al morir, se olvida de mentir, barón de Trévora-replicó secamente el gobernador.

—¡Yo juro que ignoraba la misión de Álvaro! —rebatió enérgicamente el relator.

Fadrique Menéndez, el secretario, sintiéndose observado por los ojos ahora nada amables de Ramiro Luances de la Gándara mostró en su rostro una altica mueca:

—De nosotros tres, excelencia, ninguno puede ser traidor a España.

—Yo tan sólo sé, que Álvaro era el mejor agente espía que teníamos. Era valiente, fuerte y decidido. Seguramente venía hoy a comunicarnos un informe peligroso. Digamos... —y el gobernador sonrió con dulzura desprovista de amabilidad— ... digamos que venía a decirme que uno de nosotros tres actúa de acuerdo con el gobierno extranjero. ¡Uno de nosotros tres comprado al oro enemigo! ¿Quién? Lo sabremos pronto.

—Mi fidelidad... —empezó a decir Froilán Duque.

—Los hechos-y señaló el gobernador el cadáver de Álvaro —. Y en aguas revueltas... ganancia de pescadores. ¿Quién de nosotros tres es el principal pescador? Buenos días. Señores. Retirémonos cada uno a nuestro despacho, a meditar.

Y ya en la puerta de su despacho, volvióse el gobernador para añadir;

—Dos de nosotros, a meditar el mejor medio de salvar la Costa Dorada centra esas maquinaciones. El otro... a pensar que todo Judas gana treinta monedas, pero la horca y la conciencia no le dejan vivir largo tiempo.

Capítulo II

Buenaventura

El puerto de Buenaventura, era el oficial de la región colombiana. Reunía excelentes condiciones porque era un ancho y prolongado entrante que como cuchillada penetraba tierra adentro.

Formaba lo que los nórdicos navegantes de Europa llamaban fiordo, significando con ello, lengua de mar que penetra en tierra.

A ambas riberas del puerto natural de Buenaventura, existían los "acotados", zonas que al igual que en el interior las encomiendas, eran cedidas a quienes pedían licencia para flotillas pesqueras, o concesiones mercantes.

Estos "acotados" señalábanse con empalizadas que delimitaban la zona de terreno cedida. Pertenecían a diversas gentes, ya que los gobiernos delegados de España, eran generosos en hospitalidad

Uno de los "acotados" había obtenido un privilegio especial: sólo su dueño tenía permiso para construir edificios que sirvieran de alojamiento. Y Gregor Fedoropoulos sin excavar ni ser minero, había conseguido con su privilegio, arrancado con dádivas al anterior gobernador de Bogotá, un verdadero filón.

Tres mesones de su propiedad veíanse siempre repletos de gente marinera y soldadesca.

Gregor Fedoropoulos era un hombre observador. Gustaba de sacar el máximo provecho de las cosas y la máxima utilidad de las personas, a las cuáles sometía a rápido examen, fallando pocas veces en el juicio que mentalmente formaba de aquellos a quienes estudiaba.

Su "acotado", además de los tres mesones, tenía otro edificio herméticamente cerrado por altos muros blancos. Vivía allí, cerca del mar y la arena que encerraban los muros de su mansión particular, mezclábase con tierra traída de los montes, donde

crecían arbustos y flores.

Pero si alguien hubiese podido saltar los altos muros, deambular, por el interior de1 jardín, habríase sobresaltado por muy templados que tuviera los nervios, al observar inesperadamente algo que sobresalía del suelo y que no era ni rosal ni arbusto.

Dos cabezas humanas, desmesuradamente abiertos los ojos y pendiente la hinchada lengua atravesada por un espino, demostraban que aquellos seres habían sido enterrados vivos dejándoles tan sólo la cabeza fuera del suelo, en macabra tortura.

Y Gregor Fedoropoulos sentado en rústico escabel, a solas con los dos torturados, adoptaba una reflexiva postura, apoyado el, codo derecho en la rodilla y el mentón en la palma de la mano, mientras sus acerados ojos parecían interrogar a los dos semblantes que rozaban casi la punta de sus botas marineras.

Una de las cabezas, poseía larga cabellera, donde quizá por cruel refinamiento, las trenzas habían sido dejadas fuera, desparramándose por el suelo.

La otra era masculina.

Y Gregor Fedoropoulos, en español cantante, monologó:

—Lo dijo Esopo, el fabulista jorobado y contrahecho. La lengua es el peor y el mejor de los manjares. Bien empleada sirve para comer y ser comida. Mal servida, envenena. Os ha envenenado.

Miró a la cabeza femenina:

—Tú eras feliz, María. Una criada, de mesón come cuanto quiere y es galanteada ruda pero sinceramente por los comensales. Conozco varios casos en que una maritornes como tú, se casó con rico bobo. Y en vez de dedicarte a la pesca de amante o marido, cometiste indiscreción, hablando a un desconocido de mí. Le dijiste que yo era misterioso. Te oyó otra criada. Felizmente, las indiscreciones de mujer, otra mujer nos las revela.

Miró ahora Gregor Fedoropoulos al rostro varonil:

—En cuanto a ti, poco he de decir. Hiciste la corte a María, no por apetencia natural, sino para sonsacarle. Eres desconocido, pero has cantado, que te en vio el secretario del gobernador junto con otro agente, para tratar de averiguar el verdadero emplazamiento de “Aguas Revueltas”, el lugar donde, según se rumorea, ningún buque puede entrar porque hay barras de arrecifes y escollos que

quiebran los cascos que por allá se aventuren y donde sólo puede entrar quien conozca el único paso existente. Ya daré yo con el otro agente, llamado Álvaro, cuando regrese de su viaje a Bogotá. Y ahora, los dos, podéis ir viendo la suerte que os espera.

Miró el griego hacia un reguero que avanzaba por el suelo, negreando en la arena; las hormigas "termites" gruesas y de cuerpo rojizo, devoradoras de carne.

—Al irme yo, se acercarán. Cuando regrese-y el griego sé puse en pie-no me miraréis ya. Sólo quedarán de vosotros., dos mondas calaveras.

Apartó el escabel de un puntapié, y prosiguió:

—Pero vuestras calaveras me serán útiles. Como escarmiento, en las cuencas vacías de lo que son ahora vuestros ojos, brillarán fuegos fatuos, los *fire crest*, que indicarán a quien se extravíe por aquí o cometa indiscreciones, que Gregor Fedoropoulos es generoso con quien bien le sirve, pero es severo con quien pretende hacer averiguaciones impropias.

Dio media vuelta el griego y al alejarse, las hormigas fueron avanzando lentamente hacia las dos cabezas, cuyos ojos rodaron frenéticamente enloquecidos ante la horrorosa muerte que presentían.

Dos robustos sujetos vestidos a la usanza marinera, saludaron respetuosamente al griego cuando éste abrió una puertecita que daba salida al exterior.

Poco después, Gregor Fedoropoulos dirigíase sin prisas hacia el primero de los tres mesones, que distaba media legua del lugar donde quedaba el siniestro jardín que rodeaba su morada.

Parecía un caminante inofensivo. Nada destacaba en él. Vestía como un vulgar mercader. No era alto ni bajo, ni grueso ni flaco. Su rostro tampoco se realzaba por ningún rasgo especial.

La recta nariz y la alta frente, así como la delgada boca y los pardos ojos, eran vulgares.

Y era precisamente en esto donde radicaba la cadena de éxitos, que era la obscura vida tenebrosa de Gregor Fedoropoulos, el aventurero dotado de una inteligencia aguda.

Nadie podía desconfiar do aquel hombre adocenado. Ningún etnógrafo podía definir la peligrosidad del griego, a menos que fuera judío europeo.

El judío que engaña al turco, el judío que explota al europeo, el judío que saquea al árabe, se aleja de los griegos, porque los considera presas imposibles.

Pero en la Costa Dorada, nadie desconfiaba del griego, patrón de tres mesones muy concurridos.

Gregor Fedoropoulos sé detuvo ante el abrevadero del mesón. En él poste donde se amarraban las cabalgaduras, había un cartel recientemente colocado.

—¡María! —llamó el griego.

Era su costumbre llamar con aquel nombre a cualquiera de sus sirvientas, con lo cual la que estuviera más cerca acudía presurosa a la llamada, se llamara como se llamase.

El heleno, cualidad racial, poseía una hermosa paciencia, segura y tranquila.

Antes de leer el cartel, inquirió: "¿Quién?”, mientras su mentón señalaba el poste.

—Un pregonero, mi amo. Vino al mediodía, y leyó la proclama. Después colocó una impresa en cada abrevadero.

—Tres carteles... Bien. Regresa a tus quehaceres.

Al quedarse solo, Gregor Fedoropoulos, aproximóse más al poste, porque era levemente miope y moviendo los labios, como si le costara esfuerzo el leer, fue deletreando el texto de la proclama escrita por Froilán Duque:

> “Dado en Santa Fe de Bogotá y su comarca gubernamental, en el día dieciocho de octubre de 1722:
>
> “Yo, Ramiro Luances de la Gándara, gobernador por gracia de su Serenísima Majestad española; doy a publicación el presente edicto para el bienestar de mis gobernados y aviso a los que pretendieran en lo sucesivo infringir mis leyes.
>
> "Ha dado el honrado pueblo en apodar “Aguas Revueltas” el mar que os Pacífico, y

nuestro esfuerzo se encamina a lograr que desaparezca esta, calificación.

”La presencia de piratas cada vez en mayor número, obliga a tomar decisiones severas. Nuestros soldados son muchos, pero mucha es la extensión en la cual deben guarnecer fortalezas para la pacificación del interior,

”Este estado de cosas ha ido envalentonando a los maleantes del mar, en su mayoría extranjeros, que, aburando de la hospitalidad española, y encubriéndose bajo disfraces honestos, cometen tropelías y fechorías de difícil castigo.

”Era, pues, preciso organizar una fuerza que, conocedora de los perversos ardides piratescos, lograra darles batalla, empleando sus propios medios, y es para mí satisfactorio el anunciar que, de ahora en adelante, vigilará nuestra costa una organización implacable al mando del conde Ferblanc.

”El conde Ferblanc, experto marino y noble luchador, paladín de toda buena causa, ha sido quien logró, bajo el mando del excelentísimo almirante don Juan Diéguez Rodríguez, exterminar hasta las raíces todos los, reductos piratas que infestaban el tristemente célebre Mar

Caribe.

”El conde Ferblanc es nuestro huésped de honor, y, al frente de su poderosa fuerza mixta de tierra y mar, conseguirá en breve plazo devolver a esta maravillosa tierra bendita la paz y el sosiego a que todos aspiramos. "Deben los honestos ciudadanos colaborar con todos los medios en dicha tarea, que redundará en el mayor bienestar común. Para ello, dispongo:

"Primero. -Todo ciudadano culpable de dar albergue a indocumentado, será castigado con extorsión monetaria en proporción a sus bienes. Y su el caso de insolvencia, será enviado a galeras.

"Segundo. - Aquel que, conocedor de hechos delictivos a perpetrarse, no lo hiciera saber, incurrirá en el mismo castigo que los apresados: pena de horca si es plebeyo, pena de hacha si es título o persona principal.

"Tercero. - No deben propagarse las sospechas con fines de maledicencia, sino que han de comunicarse por escrito, depositando éste en los correos reales, abiertos para tal fin en el Consulado de Mar de nuestro puerto de Buenaventura y en el palacio gubernamental de Santa Fe de Bogotá. Serán estudiadas escrupulosamente todas las denuncias.

> "Cuarto y último. - Serán entregadas cien onzas plata al que haga saber el paradero do todo pirata. Y cien onzas oro al que permita la captura de bajel o jefe pirata, Y mil onzas oro al que logre averiguar el exacto emplazamiento y entrada del lugar designado vagamente con el citado calificativo de “Aguas Revueltas”.”

Bajo el cartel aparecían tres firmas: **Ramiro Luances de la Gándara; Froilán Duque, barón de Trévora: y Fadrique Menéndez, secretario ejecutor.**

Gregor Fedoropoulos tenía una memoria prodigiosa. Leyó varias veces la proclama-edicto.

Estuvo ausente cinco días. Nadie lo vio partir ni llegar, y nadie supo dónde había estado.

Y un amanecer de fines de octubre aparecieron numerosos pasquines en paredes de la capital y su puerto.

Fueron arrancados por ujieres enviados desde el palacio gubernamental, pero ya habían sido leídos y muy comentados.

La nocturna colocación de los pasquines había sido pagada por Gregor Fedoropoulos con dinero ajeno...

Estaban redactados en tono enérgico y contundente:



Leyó varias veces la proclama-edicto

“El orgullo español no puede consentir ni debe tolerar que sea un vil pirata el que siembre el terror entre los mismos a quienes el último edicto pretende proteger.

"¿Sabéis quién es el conde Ferblanc, honestos, ciudadanos? Es el celebérrimo Pirata Negro, un alevoso y sangriento malhechor, que se acogió a especial indulto.

”La mano que le dé muerte realizará obra justiciera. Esta mano será recompensada con diez mil onzas de oro, que se entregarán al que libere la Costa Dorada del baldón que supone dar

autoridad y pleno poder á un pirata felón que se encubre bajo el apodo de conde Ferblanc.

”Diez mil onzas de oro percibirá el que demuestre haber terminado con la insoportable tiranía de un pirata perdonado por sus traiciones y deslealtades.”

Los pasquines produjeron agitados comentarios. En las altas esferas surgieron desdeñosas reprobaciones contra el “pirata endiosado, indigno de codearse con gente honrada”.

En las bajas esferas muchos empezaron a soñar con la puñalada que, dada en esquina por noche obscura, pudiera tener por recompensa diez mil onzas de oro, una fortuna.

Gregor Fedoropoulos seguía siendo un mesonero inofensivo, que hablaba poco, observaba mucho y era reputado por infeliz, porque, teniendo dinero, bodegas y criadas, era avaro, no bebía y no se le conocían amoríos ni galantes aventurillas..

Y en aquel vulgar griego, nadie que no estuviera en la conjura temible de “Aguas Revueltas” podía adivinar al que pacientemente iba reclutando la ilota que iba organizándose en el siniestro paraje cuya única entrada sólo Gregor Fedoropoulos conocía.

Una flota que, uniendo las dispersas fuerzas piratas, tenía por próxima misión emprender ataques de gran envergadura contra toda la Costa Dorada, partiendo del litoral colombiano.

Gregor Fedoropoulos poseía el don de adivinar el estado de ánimo de los desconocidos que llegaban a cualesquiera de sus tres mesones, únicos abiertos en todo el puerto para alojar forasteros.

Y desde hacía varios días observaba con particular atención a un joven de negros ojos y esbelta figura, que parecía dominado por una reciente emoción.

¿Muerte de algún ser amado? ¿Temor del acosado por la justicia? Eso trataba de adivinar Gregor Fedoropoulos.

Pero sabía que las preguntas directas nunca obtenían francas respuestas.

Y también había dos hombres que le llamaban la atención. Dos también desconocidos.

Uno de ellos, hombre ya maduro, de cenizoso cabello hirsuto, robusto cuerpo macizo y rostro horrendo poblado de cicatrices, el cual solía contestar con gruñidos a las ofertas de las criadas.

Era acompañado por otro sujeto ancho y de cara redonda, que debía ser subordinado del otro, porque adivinaba el griego, que, de haber estado a solas, habría hablado fácilmente.

Las criadas de sus mesones habían sido pacientemente elegidas, en otras tabernas y posadas del interior.

Elegidas por poseer buena planta y fácil carácter. "Una mujer bonita es el peor enemigo del español", había dicho al griego el misterioso personaje enmascarado, al cual obedecía en todo el dueño de los tres mesones.

Cuando presentía que iba a producirse una pelea, cosa frecuente, Gregor Fedoropoulos seguía observando plácidamente, pero procúrate acogerse a protección de mesa o pared que le evitaran peligro.

Y vio que alrededor de la mesa ocupada por el sujeto de rostro cosido a costurones y su acompañante iban congregándose varios individuos, pertenecientes a la temible conjura de "Aguas Revueltas".

A partir de aquel instante, Gregor Fedoropoulos no hubiera dado ni un maravedí por la vida de los dos desconocidos.

Capítulo III

Al mar lo enturbia la tierra...

Diego Lucientes dio con el codo en el costado del Pirata Negro, a la vez que, erguido el rostro e inmovilizado el cuello por el dogal curativo de hierro, trataba de señalar con el mentón hacia el interior de la vasta antesala palaciega, en cuyo umbral habíanse detenido los dos, después de que el ujier anunciara con solemne entonación rutinaria:

—¡El señor conde Ferblanc!

—¿Olemos mal, hidalgo? —preguntó, zumbón, el madrileño.

Al anuncio del ujier, cuantos se hallaban reunidos en la antesala se removieron de forma que sólo sus espaldas eran visibles, tanto para el Pirata Negro como para Diego Lucientes.

Carlos Lezama, apoyando los dos puños en las caderas, sonrió sarcásticamente.

—Si no me engaño, esa plebe emperifollada quiere demostrarme que no soy persona grata.

Habló en voz alta. Una voz ronca, audible hasta el último rincón de la antesala.

Había cesado todo murmullo de conversación entre los habituales que reuníanse por menesteres de cargo o por peticiones de audiencia en la primera antesala del palacio del gobernador.

—Es un feo-dijo Lucientes, riendo —. Apareces tú, dechado de caballeros, y yo, dechado de perfecciones, y nos vuelven descortésmente la espalda. Por cierto, hidalgo... Mira aquella espalda carnosa. Aquel empelucado gordinflón... Me tienta... Tiene un amplio espacio para un puntapié... ¿Voy a preguntarle cortésmente, aplicando la puntera de mi bota en sus asentaderas, a qué obedece este recibimiento?

—¡Tate!... No olvides que estamos en palacio, lugar donde,

según dicen los plebeyos, se dan cita la cortesía y la exquisitez. Ten por seguro que nos han vuelto la espalda involuntariamente. Porque, si hubiera aquí algún caballero quejoso, nos daría cara y expondría el por qué no somos gratos. Aunque creo que contra ti nada va, don Diego.

La breve conversación, sostenida en voz alta para que llegara a todos los oídos, surtió efecto.

Varios caballeros volviéronse, y alguno de ellos inició un avance hacia los dos amigos.

Pero, de pronto, todos se inmovilizaron en respetuosa actitud de saludo, porque acababa de entrar, anunciado por golpes de alabarda, el gobernador.

Ramiro Luances de la Gándara se aproximó saludando a diestro y siniestro, y al llegar ante los dos amigos tendió la diestra, sucesivamente, al Pirata Negro y a Lucientes.

—Bienvenidos, señores. Me urgía ya el veros, señor conde. ¿Tenéis la bondad de acompañarme a mi despacho?

Y por protocolo, los que antes hicieron patente su desdén, viéronse ahora obligados a permanecer en posición de saludo ante los dos que, a cada costado del gobernador, entraron en su sala de audiencias, donde Froilán Duque y Fadrique Menéndez aguardaban en pie tras sus respectivas mesas.

—Os conocéis ya, señores. Este caballero que acompaña al señor conde Ferblanc es don Diego Lucientes, en busca del cual partió el señor conde. Sentaos, por favor.

Una vez todos sentados, el gobernador inquirió:

—¿Vuestra esposa llegó ya a feliz término do viaje, señor conde?

—Gracias, Excelencia, por vuestra cortesía. Tanto mi esposa como la hija de mi amigo están ya en segura fortaleza, con lo cual quedamos ambos libres y tranquilos para emprender cualquier empresa.

—Lo celebro-y el gobernador señaló tres carpetas voluminosas al alcance de su mano —. Esta es la labor que os dije llevaría a cabo durante vuestra ausencia.

La primera carpeta ostentaba un letrero que en ancha redondilla decía:

“Galeras y presidios de la Costa Dorada,

con relación de delitos, y condenas.”

La segunda, que iba apartando Luances, decía:

“Noticias y rumoren sobre “Aguas Revueltas.”

En la tercera se leía:

“Relación de naves desguazadas, y oficiales y jefes de armada convocados.”

—Enjundiosa lectura, excelencia, que procuraré echarme al coleto con la mayor brevedad.

—“La Implacable” debe ser organizada lo antes posible, conde Ferblanc.

—¿“La Implacable”? —preguntó Lezama, sonriente.

—Han dado en llamar así la flota que vos mandaréis, y cuyo emplazamiento y constitución nadie puede fijar con exactitud. Ha sido voluntariamente por lo que dejamos a todos en la ignorancia, por aquello de que el cazador no advierte a la pieza si desconoce su madriguera. ¿Os parece bien?

—Acertado. Aunque... mucho habré de bregar para ponerme a la altura de tan rimbombante apelativo como lo es el de “La Implacable”, para denominar a la escuadra que debe sanear la Costa Dorada y aquietar las “Aguas Revueltas”. Hoy por hoy, poco hemos de hablar, excelencia. Estudiaré esos legajos, y, al corriente de los rumores, podré descartar los inservibles y dar frente a las realidades.

—Hay algo enojoso que os debo comunicar, conde Ferblanc.

—Nada es enojoso, si no me enojo.

—Creí que, publicando una proclama, conseguiría sembrar alarma, y lo he logrado entre los maleantes. Pero un poder oculto y tenebroso hizo colocar una réplica... Pero ¿queréis tener la bondad de leer primero este edicto que firmé?

—Lo he leído ya, Excelencia. Y felicito al componedor, que me tribute elogios halagadores.

—Pero es que después... aparecieron unos pasquines injuriosos y calumniosos que... En fin, he guardado uno para que lo leáis, y os dignéis perdonar lo inevitable.

—Lo he leído ya excelencia. Y es gracioso.

Ramiro Luances de la Gándara pestañeó.

—¿Gracioso?

—En efecto. Si pretendían con ese pasquín echarme barro, lo que han conseguido es ayudarme en la tarea, porque puedo jactarme de que más efecto surtirá entre los piratas de “Aguas Revueltas” saber que el conde Ferblanc es el Pirata Negro. Y en cuanto a los cortesanos que me vuelven la espalda, lo más que puede ocurrir es que, el día que esté de humor alegre, les propine una coz al verles en tal postura. Y, para ultimar mi comentario, diré que me tienen sin cuidado las repulsas de frívolos empelucados inútiles, y los mohines desdeñosos de da mitas tuberculosas y jamonas ahítas de banquetes. No es preciso que publique pasquín repitiendo eso último, porque sé muy bien que uno de esos señores ya cuidará de propalar mis irrespetuosas palabras.

Miró alternativamente el Pirata Negro al relator y al secretario, los cuales, desde un principio, demostraban en su tiesa actitud hostil prevención contra él.

El gobernador sonrió, aunque algo molesto.

—Mi personal amigo el almirante Diéguez me puso sobre aviso de vuestro especial modo de ser,

—Lo celebro. Dignaos tan sólo tener en cuenta que si vine a la Costa Dorada fue por personales asuntos. Y si ahora me dispongo a tomar el mando de “La Implacable” por formar, es porque me gusta la pelea y el jaleo. Quede bien en claro que no me meto a redentor, ni a defender vidas de ociosos palaciegos, que por mí pueden pudrirse, y ojalá los degollaran a todos con una sierra.

Diego Lucientes abrió por vez primera la boca para reír satisfecho. Y dijo en voz baja:

—Una sierra mellada. Así duraría más la diversión, hidalgo.

—Yo quiero señores, que me creáis si os afirmo que no participo ni comparto la actitud imbécil de quienes deberían tener en cuenta que “La Implacable" no podría organizarse sin vuestro concurso

eficaz y comprobado

—A mí que me registren, Excelencia-intervino Lucientes —. Yo no pinto nada ni en “Implacables” ni en todo ese tinglado. Vine exclusivamente para acompañar a mi amigo el señor conde.

—Vos sois madrileño, ¿no?

—Del mismísimo Madriles, ribera izquierda del Manzanares, segundo callejón a mano derecha, para serviros, excelencia.

—Paisanos, pues, don Diego.

Pero el gobernador frunció de nuevo el ceño, mientras daba un leve golpe con su caja de rapé sobre el pasquín extendido sobre la mesa.

—Es alevoso esto, conde Ferblanc.

—¿Por qué? ¿Por ser anónimo?

—Por la recompensa ofrecida de diez mil onzas de oro..., en caso de que vos, Dios no lo quiera, sucumbierais a emboscada.

—De miles de emboscadas salí con leves arañazos a lo más. Es para mí placentero saber que valgo diez mil amarillas. Eso anima mi existencia.

Y ahora, si no mandáis lo contrario, me retiro, para estudiar esos tres archivos cuyo contenido debe ser interesantísimo, a juzgar por los títulos.

—Os acompañaré, señores.

Cerca ya de la puerta, dijo Lezama, con afable entonación:

—¿Quién de vuesas mercedes tiene trastienda?

Pestañeó de nuevo el gobernador.

—¿Cómo decís, conde Ferblanc?

—Escuchad, excelencia. Navego hace muchos años, y no me gusta navegar por mares desconocidos. Cuando aquí vine y por vos fui citado antes de marchar en busca de mi amigo, envié aviso a un eficaz compadre, hábil como un hurón, para averiguar rumores y sospechas. Estos últimos días mi compadre me ha informado de muchas cosas. Leyendas, espeluznantes comadreos... Y yo vuelvo a preguntar, en otros términos: ¿quién de vuesas mercedes fue apuntado por el dedo del moribundo Álvaro?

—Cuestión ésa que me desvela y atosiga-replicó Luances, pálido y cejijunto —. Indudablemente, he llegado a la conclusión de que uno de nosotros tres es traidor a España.

—Bien, excelencia. Cuando sepáis quién de vuesas mercedes es

el que enturbia el mar desde tierra, decídmelo y os lo agradeceré. Si lo averiguo yo antes, mi índice apuntará rectamente a uno de los tres. Y lo siento, porque, a la vez, mi diestra disparará un pistoletazo. No puedo consentir que manche las proas de "La Implacable" un agazapado vendido al oro extranjero. Y perdón, su Excelencia, pero, como me sois simpático, espero que vos no seáis más que lo que supongo: un español decente, ya que sois amigo del almirante Diéguez. Y, por lo tanto, contemplaré con placer el cadáver del un relator o de un secretario. A vuestros pies, señores. Servidor vuestro cuando la ocasión llegue.

De nuevo en la antesala, una doble hilera de cabezas gachas acogió el paso del gobernador, del Pirata Negro y de Lucientes.

En el rellano exterior, Ramiro Luances de la Gándara tendió la diestra.

—Es mi ferviente y sincero deseo que triunféis, señor conde. Y guardaos... Habrá asechanzas peligrosas. Diez mil onzas son muchas. Vigilad, que pérfida es la tierra criolla. Hasta cuando vos queráis, señor conde. Quedo vuestro amigo, señor Lucientes.

Hacía ya unos instantes que los dos amigos, al trote de sus caballos, dirigíanse hacia la casa-cuartel donde se alojaban, cuando Diego Lucientes, cabalgando bota contra bota del Pirata Negro, chasqueó la lengua antes de decir:

—No me gusta el relator. Dicen que la gente gruesa es gente buena, pero las excepciones confirman la regla.

—Hay mucho oro y poder a ganar si triunfan los que manejan los secretos hilos de la magna empresa destinada a parcelar la Costa Dorada. Es indudable qué uno de esos tres hombres ayuda al Gobierno de la nación extranjera que está reuniendo piratas en "Aguas Revueltas". Tanto puede ser el alfeñique emperifollado de secretario, como el sapo, reblandecido del lente, como el propio Luances. La tierra enturbia el mar, estudiante. Y si quiero tener las espaldas cubiertas, deberé primero matar a uno de esos tres. Ahora veremos qué nuevas cosas ha averiguado eso excelente hurón llamado maese Huarte, el gran gacetero quijotesco.

* * *

Alfredo Huarte había sentido un íntimo pavor cuando en Puerto Colombia recibió requerimiento del Pirata Negro para trasladarse con la mayor rapidez posible a la casa-cuartel de los infantes de

Santa Fe de Bogotá.

Engañado por el aspecto de Cheij Khan, en su supuesta personalidad de filósofo francés, había sido el inconsciente instrumento cómplice del rapto de Mireya de Ferjus.

Pero resignadamente se dispuso a morir en manos de un colérico marido, y cuando, pasado cierto tiempo, durante el cual se consumió en la espera, vio se frente al Pirata Negro, adoptó el continente de un mártir fanático.

—¡Dadme muerte, señor conde! —exclamó, a guisa de saludo—. ¡Soy indigno de vivir! ¡Yo que tanto cariño y afecto le tenía a la marquesa, que era princesa por bondad de...!

—¡Callad, so mártir! —gruñó Lezama—. No os llamé para, escabecharos, maese Huarte, sino para algo más útil. Ya sabréis que el Azar La dispuesto que mi esposa quedara salva del rapto. Por lo tanto, de nada os culpo, ya que no tenéis obligación de saber distinguir entre un pirata y un filósofo, que a veces el mucho piratear enseña más que las aulas y cátedras de ciencia muerta. Os he llamado porque os necesito. *La Voz del Hurón* en Puerto Colombia desenmascaró a muchos ocultos delincuentes amparados con presencia honesta. Tengo que partir, en busca de un amigo mío. Deseo que, a mi regreso, vos me informéis de cuanto sucede en esta tierra que sea digno de mención y pueda tener relación conmigo, ya que me dispongo a realizar aquí lo que en el Caribe hice. Abur, maeso Huarte, que tengo prisa. Hasta la vuelta.

Y a su vuelta, acompañado de Lucientes, el Pirata Negro comprobó que no en balde había fiado en el arte de hurón de Alfredo Huarte, el cazador experto de informes.

Ahora, de regreso de palacio, disponíase el Pirata Negro a oír nuevas noticias de labios del enteco hombrecillo de grandes antiparras de gruesos lentes.

Alfredo Huarte, bondadoso quijote, sentía un secreto pavor siempre que se veía ante el Pirata Negro: lo consideraba un irascible león, para el que cortar cabezas, de un tajo de espada era como para un agricultor segar espigas de trigo.

—Hola, maese-saludó Lezama, sentándose en el salón del pabellón puesto a su uso en la casa-cuartel de infantería de Santa Fe de Bogotá —. ¿Qué novedades hay?

—Pensaba, señor conde, que quizá no estaría mal lanzar aquí

una segunda edición de *La Voz del Hurón*, si el excelentísimo señor gobernador, a quien vos hablaseis, me permitiera que…

—Cada cosa a su tiempo, maese… Ahora sois mi hurón, no servil, sino servicial, porque sabéis que cuanto me comuniquéis redundará en favor de eso que vos llamáis mejoramiento de las relaciones sociales, y que yo estimo algo así como pretender mejorar un ganado de mulos para convertirlos en nobles caballos..

—La bondad humana es real, señor conde. Y existen muchos seres que son buenos…

—¡Alto el galope, maese! Vais ya a endilgarme una retahíla de dulzuras. No niego que la bondad existe, pero reconoceréis conmigo en que no es enfermedad contagiosa, desgraciadamente. Pasad, pues, a contarme chismorreos de los sabrosos.

—El señor relator barón de Trévora se ve en secreto con la dama Nereida Gallardo.

—Bueno, ¿y qué? También los gordos tienen su corazoncito.

—Es que… Nereida Gallardo es criolla oriunda de holandeses y españoles, y podría ser muy bien la agente extranjera, o, mejor dicho, al servicio de Holanda. Es rica, pero es una criolla, y si pudiera ser la esposa de un magnate al servició extranjero…

—Tenido en cuenta. ¿Qué más, aparte de ese posible magnate?

—El joven secretario está esclavizado por el amor de la dama Cresilda López, la hermana del gran banquero. Ya sabéis que la finanza medra en las guerras o en las ventas o en las cesiones de tierras que pueden engrandecer a otras naciones. Tanto el barón como el secretario, por sus influencias cerca de la Corte de Madrid, pueden emplear argumentos que convenzan allá de que la Costa Dorada es perjudicial en su sostenimiento, pese a las riquezas que proporciona.

—Bien. ¿Y de su excelencia, el gobernador?

—Todas las noches, a solas y embozado, merodea por callejuelas. Pretenden los criollos que son aventaras galantes.

—Tratad de comprobarlo. ¿Qué más hay?

—Se habla mucho de la “Sirena Fatal”.

—¡Tate!.., ¿Quién es esa tremebunda pescadilla?

—Una mujer.

—Sois listísimo, maese. Ya supuse que una sirena no iba a ser un barbudo cojo.

—Dicen que es bellísima, cruel y fascinadora. Que atrae a los marineros, llevándolos a lugar del que nunca vuelven.

—Esa leyenda corre por todos los puertos. Tratad de saber si es simplemente una mujerzuela de barrios bajos o es otro elemento al servicio de Holanda.

—En los patios y tabernas se cementa que posiblemente la "Sirena Fatal", esa misteriosa desconocida, os tenderá redes.

—¿Acaso soy yo na besugo? ¿Nada más habéis averiguado?

—Eso es cuanto pude saber.

—Y del emplazamiento exacto de "Aguas Revueltas", ¿qué hay?.

—Todos hablan, pero nadie dice algo coherente. Si me lo permitís, me voy a continuar mi tarea informativa.

—Disfrutáis luchando con la oreja y la pluma contra las fuerzas del Ma1, ¿verdad, maese?

—Al igual que vos con la espada, aunque… aunque pretendáis echarlo a juego, señor conde.

—Decidme, "Hurón": ¿por qué estáis siempre mirándome como si os fuera a devorar?

—Aprensión que tengo, señor conde. Soy cobarde.

—Valiente sois, porque os metéis en cada berenjenal que tiembla el orbe. Os considero un conejo físicamente, pero con un corazón de tigre. Tomad una copa, y brindemos los tres por vos, maese. Os prometo que, tan pronto pueda, hablaré al gobernador para que subvencione otra gaceta vuestra que fustigue a los viciosos que no tienen valor de afirmar que lo son. Por ahora, cuanto vos averigüéis y yo sepa, preferible es que quede secreto. Vamos a luchar contra secretas maquinaciones, y tonto sería levantar la pieza.

Habiéndose ido Alfredo Huarte, el Pirata Negro contempló unos instantes a Diego Lucientes.

—¿Qué te parece todo eso don Diego Lucientes?

—Un "jaleo" espantoso. Aguas turbias, tierra pantanosa, sirenas al pairo, diez mil onzas… Casi me quedaría a tu lado, porque me huelo que va a haber tortas a "tutiplén", que dicen los italianos o los catalanes.

—Insisto en que te quedes aquí. Olvida al mozo árabe.

—No puedo. Le hice la jugarreta de dejarle creer que esta vez mi tormento de niña había muerto de veras, pero no quiero ser responsable de que se convierta en una fiera insensible.

—¿Y cómo podrás evitarlo?

—Yendo en su busca. Me tiene afecto. Seré su consejero.

—¡Pues está aviado el mozo!

—Hablando en serio, bien sabes que yo estaré majareta, pero maldad no la hago a conciencia, y menos consiento que la haga quien yo aprecio.

Y yo aprecio a “El Chacal”. Me apenó verle huir como alma que lleva el diablo.

—Sabes que donde yo le encuentre le meteré mano, y esta vez no se me escapará.

—Procuraré yo evitarlo.

—¿Eh? ¿Te declaras en contra mía?

—No. He dicho solamente que no quiero, si puedo evitarlo, que tú mates a Cheij Khan.

—¿Por qué?

—Porque es un mozo desgraciado, que lucha contra un destino adverso.

—¿Te has contagiado del quijotismo de maese Huarte?

—Yo sólo sé que algo íntimo me hace mirar con zozobra la posibilidad de que tú elimines a Cheij Khan o éste te mate. ¡Sí, don Carlos Lezama! Ho dicho que es posible que “El Chacal”, cuando se reponga de la cobardía pasajera que le hizo huir de ti, quiera hacer lo que es natural: volver a enfrentarse contigo. Y debo yo evitarlo.

—¿Por qué?

—Si él te mata o tú le escabechas, sentiré rencor hacia uno de los dos… y quizá arma en mano le pidiera cuenta.

—Mejor haces, pues, quedándote conmigo, y a la que aparezca el chacal le coges por la oreja, y le soplas que se vaya, o le deslomo.

—No. Tengo que ir en su busca, para impedir que, al frente de sus desalmados árabes, cometa acciones que nunca podría borrar. Hasta ahora es simplemente un mozo de sangre hirviente. Quiero evitar que se convierta en un pirata sin alma.

—Renuncio a seguir tratando de convencerte, porque., como siempre, te estás metiendo en camisas de once varas. ¿Dónde pretendes hallar huella del mozo?

—Iré a Buenaventura, y pronto averiguaré dónde navega su “Islam”; como te he dicho, me propongo impedir que se convierta en fiera insensible.

—¡Allá tú, loco del demonio!

—¿Por qué te emberrinchas, hidalgo?

—Debes comprender que, si no logras convencerle a él, a lo mejor te convence él. Y si tengo que hundir el “Islam”, no me detendré a pensar si estás o no a bordo.

—Azares del juego de la vida-sonrió Lucientes —. Recuerda que sé nadar y guardar la ropa. No sé por qué, pero... lo que yo quiero es que el chacal y el león se hagan amigos.

—¡Tate!... ¿También tú diciendo lo que Mireya?

—Se me antoja que tu juventud, de la que nunca has hablado, fue bastante parecida a la de Cheij Khan. Tú, por temple especial, lograste ser hidalgo. Pero Cheij Khan necesita alguien que le ayude, al igual quo tú me ayudaste impidiendo que me convirtiera en un asqueroso depravado total. Eso es todo.

—Bien; allá tú, que eres mayorcito. Cuídate.

—Lo mismo digo.

—No me refiero a que puedas pillar un resfriado.

—Tampoco aludo yo a tus narices, sino a la sirena fatal y demás monsergas. Hasta pronto, hidalgo.

—Si por azar averiguas algo que pueda serme útil, al menos una vez en tu vida haz algo útil, pincelote.

—De acuerdo, gran jefe pincelote.

Y ambos estrecháronse la diestra vigorosamente, despidiéndose para emprender por separado lo que, sin ellos adivinarlo, iba a ser la más accidentada de las aventuras de su vida.

Capítulo IV

“Pencas” opina

Como siempre que, por ausencia del Pirata Negro, se hacía cargo “Cien chirlos” del mando del “Aquilón” su humor empeoraba a medida que iban transcurriendo los días sin que los enlaces de la chalupa atracada en muelle del puerto de Buenaventura aparecieran transportando al jefe del “Aquilón”.

Además, había otro motivo para justificar la exasperación del nunca bienhumorado lugarteniente.

Hacía ya semanas que inútilmente recorría el litoral tratando de localizar la nave “Islam”, pues quería ser él quien la hundiera.

Desde la muerte de “Piernas Largas” el gracioso chiclanero que respondía a los nombres de Curro Montoya, “Cien Chirlos”, había tardado en elegir a otro confidente, para acortar las horas de ausencia del Pirata Negro.

Al fin había ido intimando con Ambrosio Bustamante, que eran los nombres que figuraban en la lista de rol para, designar al soberbio ejemplar de bruto integral más conocido por el apodo de “Pencas”.

Se había sentido atraído hacia el pirata “Pencas” el día en que le vio luchar a brazo partido contra tres soldados, empleando toda clase de golpes.

Había sido el primer paso. Después, el descaro que le había valido el sobrenombre, también hizo que el lugarteniente del “Aquilón” sintiera, algo parecido a nostalgia hacia “Piernas Largas”, recordándolo a través del lenguaje pícaro y desvergonzado de Ambrosio Bustamante.

Y para consolidar la naciente amistad había bastado que, en dos peleas, Ambrosio Bustamante supiera hacer frente con gallardía al maduro pero recio “Cien Chirlos”.

Por eso, aquella noche, “Cien Chirlos”, sintiendo en sus carnes la mordedura del frescor octubreño y en su pecho el bullir de una cólera creciente, buscó desfogarse en la compañía de su nuevo confidente, al cual halló sentado en la hamaca, entretenido en hurgarse meticulosamente los dedos de los pies, mientras que mordisqueaba de vez en cuando un trozo de carne ahumada.



Pero Cheij Khan necesita alguien que le ayude.

Ambrosio Bustamante, de faz redonda y jovial, tenía toda la rudeza del hombre sin doblez, y había ido cogiendo afecto al que le parecía un magnífico bruto completo.

Por eso miró sonriendo, ladeando la cabeza, a “Cien Chirlos”.

—¡Hola, compadre! ¿Me buscabas a mí, o ha sido un “casual” el

que aquí te ha traído?

"Cien Chirlos" miró con cierta repugnancia al que con la misma mano que procedía a rascarse los dedos del pie, cogía la carne.

—Podrías tener algo más de modales, "Pencas".

—Yo opino que eso de modales es cosa de gente sacrificada. Eso opino yo.

Las opiniones del navarro resultaban confusas, no ya para "Cien Chirlos", sino para cualquier entendimiento preclaro y dado a resolver enigmas.

—¿Qué mil cañones querrás tú decir al hablar de "gente sacrificada"? Eso es lo que quisiera yo saber.

—No seas bruto, compadre. Gente sacrificada es la que, por el aquel de lo que dirán los "demases", se aguanta y no moja pan en las salsas, ni se limpia las narices con los dedos si se le antoja. Eso opino yo. Y no soy gente ¡sacrificada; ¡no y no!

—Tú lo que eres es un ceporro.

—Sin insultar, ¿eh? Opino que si vienes en plan compadre, podemos discutir. Ahora, si vienes en plan segundón, me callo.

—¡Vengo en el plan que me da la gana! Tú lo que eres es un ceporro.

—Opino que un hombre que, como. yo, está tranquilamente atendiendo a su limpieza personal, tiene los derechos libres y muy suyos de velar por sus propios pies, que son los míos.

Para "Cien Chirlos;" era siempre una nueva aventura el tratar de comprender las enrevesadas perogrulladas del navarro, que, además de un natural y casi ingenuo descaro, tenía una facilidad asombrosa para liarse a palabrear diciendo mucho para no dejar nada muy claro.

—Y un ceporro, opino yo-siguió diciendo el navarro-que es un tronco sin desbastar, cosa que no puede ser el hijo de mi padre, porque un tronco no tiene pies, y opino que si me como la carne al tiempo de rascarme los pies, todo es carne, y el melindroso confunde la pitanza con la cuchipanda, cosa que no es lo mismo, porque devorar lo que a la tripa va no se puede...

—¡Maldición de maldiciones! ¡Cien mil pares de calabrotes! ¡Calla ya y no abuses de libertades que te doy! —estalló "Cien Chirlos", exasperado porque se dejaba prender en el fluido ahorro continuado de las palabras del navarro, intentando en vano seguir

el hilo de la deslavazada disertación.

Ambrosio Bustamante encogióse de hombros, como para dar a entender claramente que renunciaba a., hacer comprender casas muy evidentes a un bruto tan cerrado como lo era, a su modo de ver, el lugarteniente del "Aquilón".

—Vas a opinar sobre lo que yo te explique, pero sin muchas palabras de las que sólo sirven para complicarme la vida. ¿Estamos, "Pencas"?

—Opino que si me pides la opinión, os porque me das guerra y sabes que sirvo para algo.

—Prefiero hablarte a ti que a la luna. Tú sabes por qué el "Aquilón" está navegando como si hubiera perdido la huella de un tesoro y anduviera buscándolo por doquier.

—Navegación de acecho, con tal de ver si asoma la proa el barco de los "mohametes". Eso opino yo.

—Pero el barco de los árabes no asoma proa. Tengo para mí que deben estar sobre aviso, que va por dos veces me dio en el rostro la lejana vela de un barco huyendo. Y así no vamos a ninguna parte, con tanto podar.

—Eso opino yo.

—Yo prometí hundir el "Islam", pero no podré cumplir, ya que no hay forma de seguirle la estela.

—Yo opino que, cuando le hundas, habrás cumplido, y para cumplir bastará con que le hundas.

—Eso es... —aprobó "Cien Chirlos", satisfecho.

Pero de pronto masculló varias imprecaciones al penetrar el sentido vacuo de la frase del navarro.

—Pero para hundirlo, berzotas, tengo que echarle el ojo del cañón encima. Eso hasta tú mismo lo vas a comprender, si no le echo el ojo encama, ¿cómo podré hundirlo?

—Tú tienes mucho mar, compadre, y no quiero enmendarte plana de las que escupes por el retorcido colmillo de tiburón viejo, pero aquí hay algo quo va mal, opino yo.

Tardó, como siempre, "Cien Chirlos" unos momentos, hasta que, dando con el significado, preguntó:

—¿Qué es lo que anda mal?

—La vista.

—¿De quién?

—La del "Aquilón".

—El velero mira por ojos de piloto. .

—Y si el piloto no sabe dónde busca, mal va el velero. Yo opino que tú lo que deberías es lo que yo me sé, pero que no digo hasta que no sepa si tú opinas como yo.

Iba "Cien Chirlos" repitiendo las palabras del otro, hasta lograr sacar el sentido.

—Sabes que opino como tú... —dijo "Cien Chirlos" taimadamente, para lograr que el otro hablase.

Púsose en pie el navarro.

—Entonces, estamos de acuerdo, compadre. Hermosa luna la de esta costa. Tiene muchos cuernos...

—¡Al cuerno la luna, mal rayo me coma!... —vociferó "Cien Chirlos", pegando un puñetazo en la pared de la estrecha cabina sin techo-donde solía dormir el navarro—. ¿Qué harías tú para acabar con el velero de los "mohametes"?

—Enterarme primero dónde está, y para eso ir a tierra, porque, aunque no lo parezca que me doy cuenta, yo opino que un jefe no baja a tierra sin dejar chalupa que le recoja, y si bajó a tierra el jefe del "Islam", pues por allá en tierra habrá chalupa "mohamete". Vamos a por la chalupa le metemos mano a los remeros del turbante, nos colocamos en lugar de ellos, y después, bogando hacia el mar, subimos a bordo del "Islam". Los "mohametes" que nosotros habremos rebanado dé cogote nada dirán, porque muertos estarán, y a burro muerto, aunque sea de la tierra de "Mohamia", cebada al rabo, que es lo mismo que asegurarte que moscas no te picarán cuando estés criando malvas cogiéndolas de raíces con las muelas. Eso opino yo.

—No está mal-convino "Cien Chirlos", después de unos instantes de reflexión —. Tú y yo vamos a tierra, buscamos la chalupa de los "mohametes", les rebañamos el gañote, y después... Pero, ¡so borrico!, ¿cómo ¡sabremos hacia dónde bogar?

—No soy tan bruto como te crees, compadre. Antes de estrujarles la nuez haremos que ellos nos digan dónde está el barco, que conozco yo muchos que no hablaban ni a coces, y me los cogí yo y terminaron por decirme de qué parroquia eran hijos y otros menudillos que al caso no venían.

—Bueno... ¿Entiendes tú la lengua de Mahoma? —inquirió,

receloso, “Cien Chirlos”.

—Opino que cada cual debe hablar su propia lengua, que para eso tenemos una y propia.

—Pero ven acá, cacho de ballenato; si no sabes hablar ni entiendes lengua de Mahoma, ¿cómo sabrás lo que ellos digan?

—Opino que cuando las palabras no queden claras, se acude a los gestos. Y en gestos soy yo un hacha de triple filo. Tú ponme a prueba, y te quedarás de piedra al verme manotear.

A medias convencido asintió "Cien Chirlos”, y, dejando al “Aquilón” bajo nutrida custodia de soldados españoles, se internó con Ambrosio Bustamante por las empalizadas de los “acotados”.

—La luna de aquí tiene mucho cuerno-volvió a opinar Ambrosio Bustamante —. Y ya sé por qué es. El sol se pasa el día de jarana, y cuando la luna, su esposa, va tras él, huye al otro lado, y cuando ella se va, viene él. Caso de infidelidad espantosa, opino yo, que no soy lego en la materia, ya que fui muchas veces amigo de arreglar desaguisados de los que ocurren en casa de vecinos, que es igual que decirte a bordo de naves, donde quien no las cuece no las come porque el todo está claro. O yo soy un bruto, o quien no arregla lo suyo, y pide consejo a quien no es su amigo, ganado se tiene el verdadero embuste que le forme lío y que...

—¡Aquí no hay más lío que el que estás tú anudando con hablar sin ton ni son y al alimón! —protestó “Cien Chirlos”, algo contagiado por el estilo de incoherencias del navarro—. Sondea siempre antes de hablar, “Pencas” del infierno, así te coman malos dengues. ¿Estamos o no buscando nave y chalupa de turbantes? Pues a ello, y déjame de habladurías cobre los cuernos de la luna.

Por espacio de varios días recorrieron el doble margen del puerto de Buenaventura, hasta que fueron a intentar suerte en el “acotado” de los tres mesones.

—Vaya chicolera-suspiró el navarro, una vez sentados, y mirando a las criadas que servían de mesa en mesa.

—¿Tú ves alguno que tenga turbante? Eso es lo que se trata de encontrar.

—Opino que turbante, como ver, no veo. Pero, compadre, es un reposo para el navegante ahíto de mar y arena el ver el ondeo limpio y fragante de falda aterciopelada, que parece ala de gaviota llamándole a uno para que...

—¡A lo nuestro! Acaba de beberte el jarro y a otra parte, que aquí no huele nada a turco.

Recorrieron los otros dos mesones, y en el tercero, ya cansado Ambrosio Bustamante de preguntar en vano, encogióse de hombros, mirando interrogante a “Cien Chirlos”.

—Y ahora, ¿qué, compadre?

—Comeremos un bocado, y luego pediremos un catre para descansar unas horas, antes do seguir indagando.

—Opino que eres talentudo cuando quieres, compadre.

Ambrosio Bustamante devoraba en fervorosa competencia con “Cien Chirlos”, cuando, de pronto, dio un codazo de alarma al que sentábase junto a él,

Pero ya “Cien Chirlos” había también olfateado la encerrona, y en salto inesperado fue a colocarse junto a Ambrosio Bustamante, apoyando como él la espalda en la pared.

—¿Qué ocurre, gente? —desafió el aragonés.

—Opino yo que quieren sangre —gruñó el navarro, esperanzado, remontándose el cinto que sostenía sus calzas.

Seis individuos con trazas de marinos habíanse detenido junto a la mesa ya abandonada por los dos piratas.

Uno de tales individuos reiteró algo que venía diciendo:

—...y van preguntando. Me parecen corchetes.

—¡Corchetes!... —indignóse “Cien Chirlos”, amostazado—. Diles tú, que eres elocuente, si somos corchetes, o qué rayos somos.

—Conque corchetes, ¿eh? —masculló riendo el navarro, que por vez primera oía la palabra que significaba “guardianes, callejeros del orden”—. ¡Antes, la muerte de todos vosotros, que ser corchetes, cosa infame, opino yo. ¡Aquí estábamos mi compadre y yo dedicados al sencillo acto de condumio, cosa permitida que nadie impondrá impugnación en contra, y vosotros seis venís a interrumpir con caras de querer sangre.

Muchos habíanse apartado prudentemente, dejando aislados a los que, a no tardar, iban a pelear.

Sólo un hombre, joven y de semblante pensativo, permanecía sentado, mirando indiferente la escena que estaba desarrollándose.

Veía seis espaldas acorralando a distancia a dos hombres que, adosados a la pared del fondo, preparábanse a repeler la agresión.

Cheij Khan, desde que frente al Pirata Negro, había sentido una

sensación inexplicable que le impedía atacarle, y, tras huir, permanecía en el mesón del griego Fedoropoulos, llevaba días tratando de descubrir la razón de que un hombre le hubiera infundido, no precisamente miedo, sino la absoluta convicción de que le era imposible luchar contra él.

Y estaba profundamente conturbado; vivía instantes de íntima perplejidad, en los que se llamaba cobarde, mientras en otros imprecaba del Destino que habíale impuesto de nuevo la pérdida de sus renacidas ilusiones al perseguir la imagen de Gabrielle Lucientes, la amada imposible.

—¡...y yo soy el jabato! ¡El que pincha y corta i

De pronto, como un hombre en tranco, púsose en pie Cheij Khan al oír el final de la exclamación de “Cien Chirlos”...

Llevóse las manos a las sienes. Al igual que la carcajada del conde Ferblanc le sumió en remotas reminiscencias de algo lejano, también la voz del que acababa de hablar y las palabras empleadas arañaban en su dormido recuerdo fibras sensibles...

Al otro lado de la humana barrera, era ahora el navarro el que contestaba a una pregunta:

—¿Que por qué preguntamos? Principalmente y bien hablando en esta lid, que no es lidia aun, si preguntarnos es porque nos da la realísima gana, que si mi compadre es el jabato, yo soy el jabalí, y a colmillazos merendamos a quien se acerque más de lo que menos que más puedo ver sin ponerme bizcotela.

—Los del mar no gustamos de preguntones, —amenazó uno de los seis.

—¡Apartaos que quiero hablar con esos hombres! —y aunque Cheij Khan no puso vehemencia en su frase, hubo mandato en ella, mientras de dos manotazos derribaba a los dos primeros.

Y lo que siguió fue aprovechado por “Cien Chirlos” y “Pencas” para saltar encima de los más cercanos, mientras “El Chacal”, atacado por los restantes dos, deshacíase de ellos de doble puñetazo contundente y magullador.

Miró unos instantes Cheij Khan a “Cien Chirlos”, que estaba pateando el estómago de su vencido.

Llevóse de nuevo las manos a las sienes... Indudablemente eran sensaciones producidas por la reciente pena, pensó Cheij Khan. No conocía a aquel hombre de rostro cubierto de cicatrices.

—¿Queríais hablarme, joven señor? —inquirió amablemente “Cien Chirlos”, propinando a la vez un puntapié en la frente de uno que intentaba levantarse.

—No... —repico Cheij Khan, como ausente.

—¡Alivia, compadre! —urgió el navarro, señalando a otros que se aproximaban.

Tanto “Cien Chirlos” como su compañero atravesaron como bólidos la ventana más próxima para alejarse a toda ligereza de piernas.

Y, ya a segura distancia, comentó el navarro, resoplando:

—Opino que en la huida estaba tan sólo la pelleja buena. Y ahora, ¿dónde vamos?

—Ese joven señor que nos ayudó era un jabato. Sin armas se lió con cuatro y los hizo chorar contra el suelo, a mano limpia. ¡Lástima de él!... Quizá hubiéramos debido ayudarle.

—Lo habrían hecho trizas igual y talmente, compadre. Y aquí lo que interesa es que tú y yo andemos de pie y bien sanos, porque la cosa está clara. Tenemos, que dar con el “Islam” o cualquiera de sus “mahometes”, o quién sabe si con su jefe mismo, pero la suerte no nos va a barlovento, cosa de desear.

—¿Crees tú que le habrán hecho migas?

—¿A quién?

Al joven señor que nos ayudó.

—No seas tierno, compadre. Seamos como los “mahometes”, que dicen sabiamente: “El del ala es grande”, lo cual quiere decir que cada cual se las componga como pueda y que el que mueve el ala es el que más lejos llega sin renquear, que, para que lo enciendas, significa cojear de pie, que es lo peor que a hombre puede su cederle, opinó yo. Salgamos de este “acolado”, no sea que haya quien nos siga.

—¿Qué habrá tras aquellos muros altos? Nos queda tan sólo por ver lo que hay tras ellos.

—A por esta noche podemos hacer el viaje, que ahora hace día, y de noche los gatos andan mejor, cuando ya el vecino les ha arrojado ladrillos. Somos conocidos, y por esto, cuando la noche tienda su negro manto, como leo en las que llamas páginas clásicas, que yo opino que...

Pero “Cien Chirlos”, no quería saber ya qué opinaba Ambrosio

Bustamante.

Sentía cierto resquemor por haber dejado abandonado a su suerte al joven de reposado aspecto que había deseado hablar con él, para luego negarse, y que tan enérgicamente, pero sin esforzarse en lo más mínimo, había tumbado a cuatro hombres empleando tan sólo los puños.



Y Cheij Khan quizá habría sucumbido por desidia e inercia en el mesón del griego si éste no hubiera intervenido, con señal que fue interpretada al punto por uno de sus hombres, que, ayudado por los restantes de su grupo, llevóse fuera a los contusos. Tres de ellos estaban para siempre fuera de combate, porque habían i sido objeto de la personal acometividad de “Cien Chirlos” y su compañero.

Gregor Fedoropoulos había visto muchas peleas, pero no recordaba haber presenciado lo que le parecía algo mágico, tanto en la mirada desprovista de interés con que le estaba contemplando Cheij Khan, como en la rapidez con que habíase abierto paso en fila de seis hombres robustos y avezados a luchas.

—Os felicito, señor. Tenéis la fuerza y elasticidad que sólo la naturaleza concede. Permitidme que os salude, como Gregor Fedoropoulos, dueño de este mesón y del “acotado” en que os halláis.

Un sexto instinto previno a Cheij Khan de que la aparente amabilidad del inofensivo griego encubría algo turbio.

—¿Por qué los hombres que se disponían a atacarme abandonaron sus actitudes de amenaza?

—Decidieron, quizá, que vos erais digno de mejor empresa que fenecer en riña tabernaria.

—Vos les hicisteis señal apaciguatoria, y os obedecieron. Sin querer, hace tiempo que mis ojos tienen que observar el menor gesto de los que me rodean. Es defensa que no puedo remediar... aunque no es por aprecio n mi vida. ,

—¿Penas de amor, infortunio de familia, carencia de oro? Esas son las tres desgracias que creo leer en vuestra faz.

—La última no me afecta. Mando en barco mío, y tendré ero cuando me lo proponga.

—¿Barco tenéis? Quizá yo pueda seros útil, capitán...

—Cheij Khan, “El Chacal”.

Capítulo V

Sirenas

Fadrique Menéndez gastaba buena parte de su paga en la adquisición de encajes, preseas y demás obsequios con los cuales demostrar a Cresilda López que ella sola ocupaba sus pensamientos.

Y si era un personaje envidioso, debíase a las varias causas que hacían del joven español un hombre afortunado: era secretario del gobernador, cargo con muchas prebendas particulares, y era prometido de la mujer que, además de una belleza lozana y seductora, poseía una considerable fortuna.

Pero hacía ya varios días que el semblante del afortunado joven no ostentaba la natural satisfacción que debía producirle su buena estrella.

Y si los que lo comentaban lo atribuían al exceso de trabajo que le había proporcionado recoger toda clase de documentación para permitir que el "advenedizo" conde Ferblanc pudiera organizar su Legión de marinos, tampoco Cresilda López dejó de advertir el ceño preocupado de, su prometido.

Para la emprendedora mujer, que había contribuido a fomentar la común riqueza de la casa de banca dirigida por su hermano, como cabeza visible, la discreción era cualidad necesaria en los más de los casos, pero vicio en según cuáles.

Por esa razón, y sabedora de la influencia, que ejercía en el ánimo del joven secretario, abordó directamente el asunto que la intrigaba cuando aquel atardecer, como de costumbre, acudió él a hacerle la corte, apremiante en suspiros y ojeadas, más respetuosa por timidez, y guardó un silencio que estimaba más elocuente, que las frases que preparaba antes de verla, pero que luego, cohibido en su presencia, no acertaba a pronunciar, porque ella le imponía un sentimiento de inferioridad.

—Desde hace unos días, querido Fadrique, estás continuamente preocupado.

—Mis menesteres como secretario me han agobiado últimamente-replicó él, acogiéndose al rumor palaciego, que, burlón, aseguraba que, falto de costumbre, el joven prohombre acusaba visiblemente el cansancio de una tarea intensa e ininterrumpida.

Ella supo adoptar sin exageración el aspecto de una mujer contrariada.

Y su comentario tuvo sagacidad:

—Eres muy libre de reservarte las causas que te han ocasionado algún disgusto. Pero me contraría comprobar que no me quieres como pretendes hacerme creer. Si la base de un matrimonio unido es la confianza mutua, mal empezamos, Fadrique.

Fadrique Menéndez necesitaba hallar confidente para su desasosiego, y el reproche que se le antojó manifestación de mujer resentida en su ternura colmó su retención del secreto malestar que le importunaba.

—Prometí guardar silencio, Cresilda; pero, como bien dices, no debo tener secretos para ti. Ocurren gravísimas novedades.

—Lo supuse. ¿Cuáles son?

—Es un secreto de Estado, y... debes jurarme que no lo comentarás ni con tu propio hermano.

—Me ofende tu temor, Fadrique... Hartas pruebas he dado de no ser amiga de charlatanerías. No olvides quien soy, ni que mi hermano me tiene por su consejera. Y los asuntos de finanzas son tan graves como los de Estado.

Miró Fadrique a su alrededor como para cerciorarse de que en la espaciosa sala no había nadie, y, bajando la voz, anunció:

—Existe una conjura poderosa para producir hondo desconcierto en la Costa Dorada. Un vasto plan, que, partiendo de nuestro litoral y también quizá de esta ciudad, siembre el pánico, obligando a aceptar las proposiciones de una nación extranjera que hace tiempo desea obtener a buen precio cesiones territoriales.

—De esto ya me hablaste.

—Lo grave es quo..., como también sabes, si en la Corte de Madrid fueran informados por el gobernador o el relator, en forma que demostrase que sería conveniente enajenar parcelas de tierra

peligrosa, allá tomarías la decisión de vender.

—Tanto el gobernador como el barón son patriotas que, antes de aconsejar en tal sentido, preferirían que este suelo les sirviera de tumba, armas en mano.

—Pero... es que... uno de los dos ea un traidor.

—¿Cómo?... —exclamó ella, pestañeando.

—Sí. Tú sabes que yo envié a Buenaventura al mejor de mis agentes oidores.

—Álvaro.

—Él fue quien informó de que se preparaba una flota en lugar desconocido, y que tendría por misión realizar golpes de mano, hostigando lagares distintos. Una flota de piratas, pero asalariados por Holanda, a cuyos florines añadirían los botines del saqueo de poblados españoles. Marchó Álvaro de nuevo para saber quién era el prohombre español vendido al oro holandés. Regresó malherido... Le apuñalaron en el jardín del palacio... Entró en el despacho de Su Excelencia ya agonizante, y... su dedo señaló a los tres que allí estábamos, acusando a uno... Pero su dedo temblaba. Y eso es lo que me quita el sueño. El gobernador se ha limitado a decir que el barón, yo o el mismo, es traidor a España. ¿Quién de ellos dos? Cuando los tres nos reunimos reina la desconfianza. Compréndelo, Cresilda: ante la importancia de la que se trama, poco vale una vida humana...

—No debes dejarte impresionar... Pudo ser error de Álvaro, mal informado, o voluntariamente inducido a error.

—No. Álvaro pesaba mucho cuanto decía, y si se atrevió a acusar fue porque tenía certeza.

—¿De quién desconfías?

—Este es mi dilema. Tanto Froilán como Su Excelencia me parecen absolutamente incapaces de traicionar... Pero dice el gobernador que en toda hombre hay un Judas si la recompensa es elevada, y en este caso lo sería...

—Debe ser enojosa esta situación. Tendrás que tomar una resolución.

—He decidido informar a Puerto Colombia. Pediré al Almirante que envíe fuerzas armadas, explicándole por escrito lo que sucede... Pero no fío de nadie. Por todas partes veo traidores. Me temo que mi petición de socorro no llegue a su destino.

—Has hecho bien en confiarte a mí, Fadrique. Yo puedo hacer que uno de los empleados de mi hermano lleve el mensaje.

Fadrique Menéndez escribió largo pliego relatando lo sucedido con imparcialidad, y entregó a su prometida el mensaje destinado al almirante Juan Diéguez.

Y salió de la suntuosa morada de, Cresilda López más aliviado. Era un buen patriota... pero estaba ciegamente enamorado.

* * *

Nereida Gallardo encontraba muy divertido atormentar al obeso y encandilado barón de Trévora.

Acertaban los que opinaban que la linda criolla aniñada dejábase cortejar por el más que maduro suspirante, por dos razones; para conseguir matrimonialmente un título... y para enviudar pronto, quedando heredera del baronesado.

Y ahora, la adolescente, con la picardía precoz bastante general en las hijas de las comarcas lindantes con la línea ecuatorial, había hallado un juego nuevo con el que fácilmente hostigaba a los permanentes celos del inteligente relator.

—...y vos sois demasiado talentudo para que incurra en el error de pretender negar que, como otras muchas, estoy interesada por la aureola de leyenda que rodea al conde Ferblanc, quien, además, es hombre apuesto, y a cuyos negros cabellos las canas añaden atractivo.

—¡Pérfida! —murmuró, tembloroso, el senil enamorado.

Ella, con gentil ademán, le tendió un dulce, permitiendo qué, a la vea que él lo comía, retuviera su mano.

—Pero vos os casaréis conmigo —añadió el barón de Trévora.

—El conde Ferblanc es hombre casado..., y ya se han pregonado nuestros esponsales, don Froilán... —dijo ella, con los dengues y remilgos que tanto encantaban al barón.

—Fuerza mayor, entonces... —sonrió éste.

—No debéis decir eso... —reconvino Nereida, dulcemente.

—Pronto seremos esposos-añadió, con un gracioso mohín. Y luego dijo, sin dejar de sonreír: —Pero ahora despedíos, porque tocan a novena y mi dueña espera.

Marchóse Froilán Duque camino de la iglesia, y, al llegar a ella, se detuvo en la discreta penumbra de la entrada.

Simuló no percibir que una dama, al pasar por su lado, rozaba

su mano colgante, limitándose él a saludar profundamente a Cresilda López.

Y antes de terminar el acto religioso abandonó el templo, para leer poco después la breve nota sin firma, pero escrita con los enérgicos rasgos de Cresilda López:

> “Donde siempre, a la misma hora. Vigilad, porque, podéis ser espiado. Cercioraos de que nadie os sigue.”

✲ ✲ ✲

Alfredo Huarte tenía en valor inconsciente cuanto le faltaba en talla y arrestos físicos.

Extremadamente capacitado pana saber elegir, de entre copiosos rumores los que le parecían dignos de crédito, poseía también un don especial para orientarse en el mar proceloso y revuelto de comentarios donde abundaban calumnias y rencores.

Cuantió supo que la iglesia, en la hora crepuscular de las novenas, era sitio de reunión de cuanto elemento importante residía en Santa Fe de Bogotá, pensó que la nave de entrada sería, lugar muy apropiado para sus meditaciones.



—Bella sois, a fe mía. Y si a mí me esperabais...

Opinaba que la gravedad de los continentes, el runruneo de los rezos y la escasa luz de los cirios le permitirían meditar, después de clasificar mentalmente cuantos informes había recogido durante el día.

Su aspecto era inofensivo. Semejaba un covachuelista, y sus mangas permanentemente manchadas de tinta, así como sus codos lustrosos, contribuían a crear esa impresión.

Por eso mismo, Froilán Duque no desconfió del hombrecillo enteco, cuyos gruesos lentes encubrían una mirada aguda.

La miopía de Alfredo Huarte no le impidió fijarse en Cresilda López al pasar ésta junto al barón. Ella llevaba guantes grises, y el barón tenía la diestra desnuda.

—Alfredo Huarte, al ver arrodillarse en suntuoso reclinatorio a la hermosa Cresilda, hizo dos nuevas meditaciones. Condenaba con toda su alma la irrespetuosidad de emplear santos lugares como discreto paraje para darse citas galantes por escrito.

Y su segunda meditación fue más larga...

¿Cresilda López citando al barón? Mucha era la corrupción de las cortes tropicales,.., pero la prudente Cresilda López no habría dado mensaje si algo urgente no lo hiciera necesario, y era imposible que fuera urgencia de amor la que inspirara el adiposo y

sesentón aristócrata.

Para su coleto, Alfredo Huarte tomó una repentina decisión; iba a tratar de ser la sombra cautelosa del barón de Trévora.

* * *

Ramiro Luances de la Gándara salía todas las noches de palacio, sin escolta, para pasear por la ciudad.

Tenía muchas aventuras de orden íntimo, y era proverbial su variado itinerario, que tanto terminaba en mansión lujosa como en bohío humilde.

Pero bacía ya tres noches que Su Excelencia no tenía mota alguna en sus nocturnos paseos. Los dedicaba a investigar determinados aspectos de la vida de su secretario y de su relator.

No quería confiar a nadie, porque ya en nadie confiaba la misión de dilucidar cuál de sus dos subordinados era el hombre vendido a la conjura holandesa. Una conjura que no podía desenmascarar porque carecía de pruebas, y era mucha la circunspección con que debía actuar antes de informar a la Corte de Madrid.

Si atrapaba al traidor, podría entrar en posesión de pruebas que permitieran quizá, hallar el secreto y misterioso lugar donde iba formándose la flota pirata...

Embobado en su capa, y andando por el centro de la desigual calle que descendía sinuosamente hacia la parte baja de la capital, Ramiro Luances dióse en pensar repentinamente en la leyenda que circulaba referente a la mujer apodada la “Sirena Fatal”.

Y de pronto se detuvo sobresaltado, porque los reflejos lunares ponían livideces espectrales en una aparición...

Una atractiva aparición femenina era la que divisaba, inmóvil, bajo un ancho pórtico donde caía al sesgo la luz de plata.

Ramiro Luances miró tras él, y no vio a nadie. Escudriñó la penumbra de la callejuela en todas direcciones, y cerciorado de que estaba a solas con la mujer vestida a usanza india, olfateó una buena fortuna.

Pero no por eso su diestra se apartó de la guarda de su espada, ni su oído dejó de estar alerta al menor ruido.

—Buenas noches, desconocida. ¿Aguardáis dueña, hermano o amante? Mujer sola a estas horas, en que ya tocaron “cubrefuego”, es intrigante. Si no me engaño, estáis en pórtico de casa donde nadie reside. Casa que perteneció a un amigo mío, ausente en viaje

a España, y donde ni servidumbre queda. ¿Esperáis a alguien?

—A vos-dijo ella, melodiosamente.

Ramiro Luances, ya cerca de la desconocida, arqueó las cejas en gesto que, a las claras, revelaba toda su admiración.

—Bella sois, a fe mía. Y si a mí me esperabais, bendigo el azar que condujo mis pasos hacia acá.

—Os vi salir de Palacio, y aquí esperé. Soy ligera de pies y no me visteis correr, precediéndoos.

—De noche, la vista más aguda no distingue a treinta pasos. ¿Quién eres tú, que confiesas esperarme y admites ligereza... en tus pies?

—Lucero

—Brillan de noche. Bonito es tu nombre.

—No os esperé para... lo que suponéis. Estáis receloso y con los miembros prestos a luchar: Y vuestras palabras dan á suponer que, me juzgáis india de liviana coquetería.

—Perdona si tal impresión te he dado. Pero a estas horas no andan por la calle damas que tengan honestidad por la cual velar.

Oyéronse ya próximas las voces de alerta que daban los soldados de vigilancia en servicio de ronda.

La india retrocedió hasta quedar invisible en la obscuridad del pórtico.

Ramiro Luances, adosado a una de las columnas, miró hacia el punto donde estaba la misteriosa Lucero, mientras dejaba caer el embozo de su capa.

Los soldados de ronda, al pasar, iban a acercarse, pero el respetuoso saludo del sargento les informó de quién era el ocupante del desierto pórtico.

Se fue alejando la ronda, y entontes salió la india de su escondite de tinieblas.

—Quiero justicia, excelencia.

—De día, y pidiendo audiencia., te atendería igual, Lucero. Soy sensible a las bellezas, pero, en mi despacho, atiendo por igual a la dama gruñona, vieja y sin encantos, que a la india hermosísima que ahora veo.

—Elegí la noche y hablar a solas con vos, porque hay traidores en palacio.

—Grave acusación.

—Yo soy…, era la prometida de Álvaro, el que ha muerto asesinado en el jardín del palacio. Murió asesinado porque sabía el emplazamiento de “Aguas Revueltas.

—Tú no puedes afirmar esto, hermosa Lucero. Murió tu prometido sin poder hablar.

—Me dijo, antes de ir a Buenaventura, que iba a averiguar dos importantes secretos: “Aguas Revueltas”, y quién estaba de acuerdo con los piratas.

—Mucho sabes, Lucero. Ten por seguro que se hará justicia. Pero no debes andar a estas horas por las calles. Acepta mi brazo y te acompañaré a tu casa.

Ella, en silencio, apoyó su mano en el antebrazo del gobernador, el cual rió levemente.

—No te escandalice mi risa, Lucero. Es que cuando te divisé pensaba en… una misteriosa hechicera… ¿Dónde resides?

—Más al sur. En la senda montañera que conduce a Buenaventura. Pero dejadme a la salida de las calles. Allá podríais correr peligro.

Sintióse ligeramente herido en su amor propio él gobernador. Tenía renombre de valentía.

—El único peligro es tu proximidad, Lucero. Nunca te vi hasta ahora, y repito que tu hermosura es fulgurante…

Y preso en el hechizo que emanaba de la bella india, Ramiro Luances de la Gándara, estaba lejos de suponer que acompañaba a la “Sirena Fatal”, la india al servicio de Gregor Fedoropoulos, el cual a su vez era, con Froilán Duque y Cresilda López, el hábil instrumento pagado por el oro holandés.

Lucero, la que fingió amores al agente Álvaro por orden de Gregor Fedoropoulos, y la que clavó el puñal en la espalda donde en anteriores ocasiones había colocado sus dos manos, enlazada en embriagador abrazo por el agente que todo se lo revolaba.

Y por aquella noche nada sucedió a Ramiro Luances, el cual separóse de la india, dispuesto a destruir cuanto antes la tupida tela de araña que envolvía los destinos de la comarca colombiana, para poder dedicarse, libre el espíritu, a intentar añadir a su copiosa lista de conquistas, incruentas el nombre de Lucero.

* * *

Alfredo Huarte sudaba, pese a la frescura de la noche. Sabía que

si era descubierto, pocas iban a ser sus pasibilidades de escapar con vida, porque lo que estaba oyendo proporcionaba, a la vez que hilos conducentes a la resolución de todo, un grueso cáñamo de horca para la mujer sin título nobiliario, y un corte de hacha para la cabeza de un barón.

Hasta entonces todo habíale salido a pedir de boca. Sin dificultad siguió los pasos del barón de Trévora, hasta la aislada casa situada en el exterior de la ciudad.

Penetró también en el jardín, y después, saltando por una ventana, llegó hasta la habitación contigua a aquella donde sonaban dos voces que conocía.

Y sudaba maese Huarte, porque también le emocionaba saberse en posesión de la gran noticia.

Tenía buena memoria, y aunque uno de los nombres no era muy fácil de recordar, decidió limitarse a repetir, cuando hablase con el conde Ferblanc, el nombre de Gregor, el mesonero del “acotado”,

Después, una pregunta que oyó le hizo cavilar sobre la complejidad y alcance de la intriga.

—¿Y creéis vos que el gobernador se entenderá bien con Lucero?

—No lo dudéis, Cresilda. Lucero es el arma más eficaz de cuantas dispone Fedoropoulos.

Reinó una pausa, y un escalofrío recorrió la columna vertebral de Alfredo Huarte, cuando oyó bastante más cerca la vos de Cresilda López, que decía cautelosamente:

—Hay alguien por aquí, Froilán. —Y a la vez que hablaba, la hermosa amartillaba una pistola.

—Sí. Pero no escapará... si alguien me ha seguido... ¡Ah!... —y lanzó el barón un suspiro de alivio—. Es Lucero, y ésta es su casa; por lo tanto, no debemos reprocharle que entre en ella.

Alejáronse las voces, y Alfredo Huarte no quiso seguir escuchando. Ya sabía más que suficiente para demostrar al conde Ferblanc que él era un hábil hurón.

Cuando estuvo fuera de las tapias, desfogóse respirando a fondo, porque de tanto retener el natural movimiento de sus pulmones, habíase visto próximo a la asfixia.

Capítulo VI

Estalla el motín

Harbin-el-Neid, el viejo pirata joasme, nunca se había resignado, en su fuero interno, a admitir el mando de un joven, que no sólo habíale vencido en retórica delante de los demás joasmes, sino que también le vencía en la resolución de adivinanzas.

El "viejo sensato" concedía suma importancia a demostrar, al menos en algún punto, su superioridad sobre "El Chacal".

Y aunque pudiera olvidar el rencor acumulado, por su papel secundario; desde que a bordo del antiguo "Albatros", convertido en "Islam", tenía que acatar las órdenes de "El Chacal", transmitidas por su lugarteniente Tartar, no podía borrar su pueril pero arraigado sentimiento de odio hacia el que contestaba acertadamente a todos sus acertijos.

Ignorante de que Tartar, el gigante de rostro triangular y estólido, tenia puestos espías en la cala, que eran los que revelaban cuantas respuestas tenían las adivinanzas que laboriosamente fraguaba el viejo joasme, dedicábase ahora, en ausencia del capitán, a plantear nuevas adivinanzas.

Y observando los rostros perplejos de cuantos le oían, sentíase triunfante mientras mesábase la larga y rala barba blanca, esperando desdeñoso la respuesta que no llegaba.

—Os la repetiré —condescendió magnánimo—. Si como yo fuerais mirones de cuanto nuevo hay por esas regiones de infieles, habríais ya acertado.

Y canturreó de nuevo su adivinanza:

"Yo soy un buen mozo,
valiente y bizarro;
gasto doce damas
para mi regalo;

todas van en coche
y gastan sus cuartos;
todas gastan medias,
pero no zapatos."

Dejó el viejo joasme pasar unos minutos, y por fin aclaró como hacían los *marabouts* de los templos mahometanos:

—Para que las mentes de mis discípulos no cavilen en vano, os diré que los infieles emplean para medir el tiempo unos grandes y curiosos artefactos de madera, que en la pared se sostienen sobre bases. Los llaman relojes, y sólo gente de alcurnia los tiene. Las doce damas son las horas, que tienen medias y cuartos. Todo eso sé yo, y no vosotros.

Pasaron unos momentos, y por fin, uno de los reunidos en la sala, interpeló desde su camastro:

—Tú que todo lo sabes, Harbin-el-Neid, debes, como consejero, decirnos por qué la nave flota sin rumbo de pillaje ni saqueo.

Mesóse la barba, el viejo joasme, mirando a diestro y siniestro con ojillos vivaces.

—Ausente el capitán hace dos lunas, Tartar nos manda, y tampoco desembarcamos a matar infieles, ni abordamos otras, naves —añadió el mismo que habló.

Harbin-el-Neid miró con afecto al que planteaba un germen propicio para derrocar el poder de "El Chacal" Cheij Khan.

—Buena herencia dejó tu padre en tu cabeza, Ali Hamet. Tú has hablado con oportunidad. "El Chacal" nos prometió saqueos, pillajes, sangre e incendios. Y desde que abandonamos el mar que nos vio nacer, nada hemos hecho para merecer el paraíso de los joasmes, que será concedido al que mate un infiel por cada día que transcurra. "Chacal" Cheij Khan quiere nuestra perdición. ¿Sabéis dónde fue? Con la blanca mujer. ¿Pueden los valientes joasmes ser mandados por quien pierde sus días entre faldas de mujer infiel?

Dióse un tirón Harbin-el-Neid, y su barba proyectó hacia abajó el labio inferior.

—¡No! —exclamó Ali Hamet.

Los demás limitábanse a escuchar; bastaba que hablara Ali Hamet y que el "viejo sensato" aconsejara.

—Recordad, valientes joasmes, que yo acepté el mando de "El Chacal" Cheij Khan porque nos prometió dos naves servidoras y

mucho botín, ganado matando infieles. Pero estamos navegando solos, sin rumbo, y no hemos matado a nadie. ¡Esto no debe continuar así! Nosotros sabemos ya manejar las velas y los cañones. ¿Necesitamos acaso el mando de “Chacal” Cheij Khan?

—¡No! —volvió a exclamar Ali Hamet.

—Alá bendiga a los padres de tus padres-agradeció Harbin —. Hora es ya de que el “Islam” ondee su pabellón donde la media luna luce en azul. Hay tierra a pocas millas. Vayamos a ella, y a favor de la noche, ganemos el paraíso matando infieles.

—Tartar-dijo lacónicamente Ali Hamet.

—Es un hombre solo contra la voluntad de todos.

—Matar a un, El-Kebir nos cerraría las puertas del paraíso.

Harbin-el-Neid tosió para demostrar su desdén.

—Yo no daré la voz de muerte. Venid todos.

En el puente de mando, Tartar acechaba en vano el mar, esperando la llegada de la lancha conduciendo a Cheij Khan.,

Múltiples veces había .ya escapado con hábiles maniobras a la lejana persecución del velero “Aquilón”.

La tardanza de Cheij Khan le venía inquietando por dos razones: temía por la vida del joven, al cual consagraba entera fidelidad, y temía la influencia maligna que pudiera ejercer Harbin-el-Neid en el ánimo del centenar de piratas joasmes.

Cuando vio reunirse en cubierta a toda la tripulación y destacarse a Harbin-el-Neid, no se alteró su semblante, pero adivinó que su segundo temor estaba tomando cariz de realidad.

—Hermoso sol nos alumbra, Tartar —saludó el viejo joasme.

—Para todos es su fuego de vida Harbin-replicó el tártaro.

—Tú eres la voz del capitán, Tartar, mientras no está él con su tripulación.

—Soy la voz del capitán Cheij.

—Dinos, pues, a nosotros, valientes pero ignorantes joasmes, dónde se halla tu capitán.

—Nuestro capitán no tiene que dar explicaciones de sus actos, ni siquiera a, un viejo sensato como tú, Harbin,

—Dinos por qué no atacamos a ningún barco.

—Ordena y manda el capitán Cheij.

—No abandonamos él Mar de Ormuz para perder el paraíso, Tartar. Y eso es lo que queremos que sepas.

Tartar, cruzados los brazos ante el atlético pecho, y separados los codos del busto, habló lentamente:

—La disciplina es lo que os enseñé qué lleva al triunfo, valientes joasmes. Cuanto haga un capitán no se discute, porque manda a bordo aunque no esté presente. Yo soy un pobre loco, pero veo lo que no veis. Estáis en actitud que se llama motín. Y un motín os llevará al fracaso, pereciendo todos en este mar.

—Cañones y velas nos obedecen, Tartar. No queremos mande en nosotros el joven "Chacal" que partió con mujer infiel. Eso hemos decidido, y eso hacemos. Ya no manda "Chacal" Cheij Khan, y tampoco tú tienes va voz de poder en nosotros.

—Eres viejo y sensato, Harbin. No actúes como impulsivo potro sin freno. Espera el regreso del capitán del "Islam"...

—Decidido está Tartar. Da gracias a Alá, que quiso fueras *El-Kebir*, lo que te salva la vida. Vete a tierra, y cuando oigas hablar de las hazañas del "Islam", póstrate y humilla la cerviz, porque eres culpable de fidelidad a un hijo del creyente que abandonó a los valientes joasmes para seguir el perfume de una piel de mujer blanca e infiel. Dicho está.

Tartar contempló los impasibles rostros de los joasmes alineados en cubierta.

Sus ojos redondos de lechuza colérica no demostraron ni cólera ni temor. Descendió del castillete, y, elevando los brazos hacia lo alto, permaneció unos instantes como en muda invocación:

—Alá nos proteja, valientes joasmes. Pensad por última vez en lo que os afirmo: este motín será la muerte de todos vosotros y el hundimiento de la nave.

—Dicho está —repitió Harbin-el-Neid—. Vete y no pidas lancha, Tartar, porque ya todo pertenece a los joasmes.

El tártaro quitóse las babuchas, el alfanje y el puñal, y envolvió todo en un trozo de lona, que introdujo entre la piel y su apretado cinto.

Sin hablar más, encaramóse en la escalera de cuerda más cercana, y su salto al mar produjo admiración en varios piratas, que quedáronse contemplándole mientras se alejaba nadando vigorosamente.

Los dos joasmes que en lugar señalado de común acuerdo por Cheij Khan y Tartar esperaban en lancha atracada en las afueras del

puerto de Buenaventura, vistiendo ropas de pescador, parpadearon cuando vieron acercarse a un nadador, cuya cabeza rapada, que exhibía un mechón de negro cabello rozando la sien, mostróse pronto junto al estrecho casco.

—Estalló el motín-dijo Tartar, entrando en la lancha, que ladeóse bajo su corpulencia.

—¿Qué es motín?

—Rebelarse contra el elegido por Alá para, mandar en el “Islam”. Vosotros viviréis, porque conmigo esperaréis la llegada del capitán “Chacal” Cheij Khan.

Capítulo VII

Aguas revueltas

—¿Capitán Cheij Khan, "El Chacal"? —repitió Gregor Fedoropoulos, al declinar el hijo del Pirata Negro su identidad—. Nombres esos árabes, que tal es vuestro aspecto, capitán. Y en cuanto al apodo, os cuadra, porque al lobo vi luchar y al zorro he oído. Me gustaría poder hablar con vos largamente, sin reparos ni escrúpulos.

—Tenéis la oportunidad de haber llegado cuando tanto me daría vender mi alma al diablo; como vender mi nave a buen mercader.

—Eso os propongo, capitán. Una compra que nadie mejoraría en cantidad y en provecho.

—Sois mesonero.

—Visteis vos mismo que me obedecen muchos hombres dé mar.

—Atended, Gregor Fedoropoulos. Vine aquí, pero a otro lado cualquiera hubiese ido si en el puerto de Buenaventura hubiera más posadas que las tres de vuestro "acotado". Buscaba soledad, en lugar donde nadie me conociera, para poder olvidar que temblé ante un hombre y lloré las últimas lágrimas, por muerte de un ser que...

Dio Cheij Khan un respingo, enderezando la cabeza que había mantenido gacha mientras hablaba.

—Débil he quedado cuando hago objeto de confidencias a un desconocido como vos.

—Podéis confiar en mí.

—¿Por qué?

—Muchos caminos he andado, capitán. Y aprendí a leer en los semblantes humanos.

—Lectura difícil.

—No cuando el hombre se olvida de su coraza externa, para ser

tal coma le dicta su alma herida. Vos acabáis de sufrir llaga de las que no tienen, bálsamo.

—En eso habéis acertado.

—Además de infinita tristeza he leído inquietud, como si os persiguiera un castigo, o como si estuvierais bajo los efectos de algo que no comprendéis,

—También acertáis. No creo en magias. Y mucha casualidad es que podáis acertar tan atinadamente. —Os vengo observando desde que estáis en mi mesón.

—En las cocinas cumpliríais mejor en vez de dedicaros a derrochar vuestro talento de adivino en viajeros que hoy vienen y mañana se van, sin dejar más rastro que los pagos de sus alojamientos.

—Me fijo en cuantos no conozco porque, el mejor libro es el semblante humano. Si no os hubiera visto derribar a dos hombres sin el menor esfuerzo, si no os, hubiera oído hablar como sólo lo hacen los que han nacido para mandar, si no hubiera leído desesperación en vuestros ojos, si no me hubierais dicho que mandabais en barco, no estaría charlando ahora. Me bastaba con haber sido lector de un joven rostro impregnado de desdén hacia todo, sentimiento que solo he leído en aventureros muy viejos.

—Os escucho con paciencia, porque cualquier cosa que consiga interesarme medianamente, logra apartarme del infierno interior que arde en mi pecho.

—Habéis citado el diablo antes, y ahora el infierno. Para los árabes sólo hay paraíso abierto o cerrado.

—Mi madre era española.

—Entonces respetaréis, cuanto sea español, ya que los seres de esta raza pelean siempre entre sí, pero en cuanto un extranjero pretende atacarlas, unen apretadamente-y el griego seguía sondeando.

—No distingo de razas. Vos, que parecéis buen adivinador de estados de alma, leed sin esfuerzo una página que os abro yo mismo; odio a la humanidad entera, porque sólo agobios y espinas me ha proporcionado el trato humano.

—Mejor que mejor. ¿Sabéis que hay mi bálsamo que hace olvidar todos los penosos trances del pasado?

—No lo conozco. Recetádmelo.

—La lucha por el poder. Matar para ir subiendo sobre los cuerpos sin vida. Dicho de otro modo: no matar sin finalidad, sino para dominar y tener al alcance de la mano, en día más o menos cercano, oro, gloria... y dominio para poder matar almas y concienciáis.

—¿Vos podéis decirme cómo he de matar y en provecho de quién, además del mío?

—Os lo podré decir, pero antes quisiera haceros comprender algo importantísimo. Pese a no creerlo fácil, porque nadie podría mentir con la faz henchida de emociones sinceras, como aparecía la vuestra cuando reflexionabais, podríais ser espía.

—¿De quién?

—De las autoridades españolas.

—En el Caribe hay proclama de captura contra mí. No creo que os asuste si os digo que mi barco enarbola pabellón pirata.

—Mejor que mejor. —Y frotóse las manos el griego.— Veréis como mis propuestas serán de vuestro agrado.

—Por el instante, alejáis de mi mente recientes recuerdos, dolorosos unos, molestos otros.

—En los pactos de toda clase se da como garantías o bien la honradez preclara, o bien riquezas o créditos. Pero el pacto que os tengo que proponer es de índole tan especial, dados los intereses que entran en liza, que sólo cabe señalar que la menor indiscreción supone la muerte.

—Cualquier pacto fuera de la ley, tiene esa garantía.

—Con vos no tendré que insistir demasiado, porque os adivino hombre cultivado y de cerebro privilegiado, ¿Habéis oído hablar de “Aguas Revueltas”?

—No. Apenas divisé costa desembarqué, infernándome, y ahora de regreso al mar, aquí estoy, reponiéndome antes de buscar la muerte para vengarme de un mundo que tan mal me hiere.

—Entonces, no conociendo estos litorales, tendré que aclarar que se llaman “Aguas Revueltas” en general a cuantas bañan las tierras que forman la Costa Dorada, pero en particular se denomina así el desconocido lugar donde, al decir de los timoratos, se está reuniendo numerosa flota, destinada a una finalidad que colme los más ambiciosos deseos de todo capitán pirata.

—Sin ayuda de nadie, me bastaré para colmar mis deseos.

—Viril es la independencia de carácter, mi joven capitán. Pero recordad que quizá la única esperanza del desesperado es desesperar a los demás. A solas pronto sucumbiríais en esas aguas revueltas. Y formando parte de la flota pirata, podríais, saciando vuestra sed de venganza, ser mañana un alto jefe de territorio por gobernar.

—Por lo que oigo, sois conspirador a sueldo.

—Lo soy. Mi misión es reclutar capitanes que, a ser posible, dispongan de buqués bien pertrechados.

—Ciento tres hombres y catorce cañones poseo. ¿Cuánto pagáis por esa mercancía mortífera?

—En el sarcasmo se refugia el hombre viril dolorido. Quienes a mi me pagan no escatiman el oro. Pero no basta. Yo quiero mañana ser poderoso; ver humillarse cabezas ante mi paso. Y tos también lo podéis lograr,

—¿Para qué?

—Ne os bastará matar. Tendréis que escupir vuestro desprecio. Esto desahoga, creedme, capitán.

—Oportuno sois, amigo. En otras circunstancias no os hubiera escuchado más allá de cuatro frases... Ahora, en que quiero desatar la contenida sed de matanza de mis joasmes vos podéis servirme, porque si reclutáis, también diréis los puntos que con mayor fruto y probabilidades de éxito deben atacar cada uno de los capitanes por vos aleccionados.

—Cierto. Pero dejadme advertiros que cuando os indique la entrada a “Aguas Revueltas”, sois responsable con vuestra vida de cualquier indiscreción de los vuestros.

—Aparte mi lugarteniente, los demás sólo hablan árabe.

—Mejor que mejor. Durante tres días seréis mi invitado, y al finalizar tal plazo os indicaré la entrada a “Aguas Revueltas”.

—Supongo que los necesitaréis para saber quién soy.

—Tengo amistad bien colocada en palacio, quien seguramente podrá leer en archivos la copia de edicto de captura dictada contra el pirata capitán Cheij Khan, y demás detalles.

—La prudencia es patrimonio de que anda aplomado. Y ahora, tengo cansancio de oíros, Gregor Fedoropoulos. Contad conmigo y con mi reata de mahometanos ansiosos de ver correr sangre.



—Desenvaina, Diego Lucientes.

Pasaron dos días. Gregor Fedoropoulos se había ausentado, y Cheij Khan seguía ensimismado en sus encontrados pensamientos, donde se mezclaba el punzante dolor latente de su renovada creencia en la muerte de Gabriel Lucientes, y su confusión por haber experimentado un inexplicable temor ante el hombre que disponíase a matar, y del cual huyó.

De pronto, al entrar un hombre de inconfundible aspecto en el aposento posterior del mesón, un rictus cruel se dibujó en los labios de Cheij Khan, el cual desenvainó con lentitud, poniéndose en pie.

Los escasos concurrentes apartáronse, dispuestos a presenciar el duelo que se avecinaba entre el solitario y callado joven que, en pie, reía ahora con mueca cruel, y el individuo pelirrojo de extraño dogal en el cuello, que detenido en el umbral, saludó jovialmente:

—Buenas y felices. “Chacal”.

—Desenvaina, Diego Lucientes. Has de morir, porque testigo has sido de mi afrenta ante el conde Ferblanc. Y has de morir poique eres el único vestigio de mi pasado que quiero olvidar. Desenvaina, Diego Lucientes.

Capítulo VIII

Un hijo del Celeste Imperio

Ambrosio Bustamante era terco, y quizá esta testarudez era otra de sus cualidades a los ojos de “Cien Chirlos”.

Yo opino, compadre, que lo que está bien, bueno está, y no es que piense suponer que estoy por encima ti, que mucho me tengo sabido que eres tú el de todas partes para mandar aquí faltando nuestro jefe que a falta de él, tú eres el amo, pero no veo claro.

Gruñó “Cien Chirlos” repetidamente, hasta que creyó haber entendido el lenguaje al cual estaba acostumbrándose.

—Si dejamos pasar anoche sin ir a tierra, es porque me ha salido de las narices.

—Yo opino que aplastante es el razonamiento indiscutible, que muy tuyas son las narices que te suenas. Pero tú tienes terruño, como y de Navarra soy y aragonés eres.

—Muy honra... muy orgulloso de serlo, ¿te enteras?

—No me escupas en la cara por eso, compadre, que precisamente si hablo de los aragoneses es porque buena fama tienen de que si dicen pan, dan hogaza, y si dicen vino, abren espita de tintorro. Y si tú anteanoche, o antes que hiciérase de negro, dijiste que de noche íbamos a ir en ojeada de lo que había tras las pared del sitio que no visitamos, pues eso digo yo, y opino, que al pan y al vino “nequaquam”. Eso de “nequaquam” lo oí a uno de esos que leen mucho, y me gustó porque suena bien, que en sonando yo opino que...

—A ti lo que te suena en la cabezota son muchas palabras que has oído y que las vas colocando sin fijarte el orden ni la manera de manejarlas donde entran, como puño en jeta. Si no fueras tan bruto, habrías comprendido que yo he demostrado ser un lince.

—Eso de lince es palabra que no he podido nunca colocar,

porque opino que si no he oído nunca sonar un cascabel, mal podré saber cómo repica.

—Lince es un animal de selva que las ve todas.

—Yo opino que no estábamos hablando de selvas. Eso es lo que opino que te pasa. En dándole a la lengua te pones a hablar, y lo obscureces todo. ¿A qué tripas viene ahora contarme cuentos de la selva, si yo te estaba hablando de que en Aragón el que se desdice es un poca palabra?

Arrancóse "Cien Chirlos" el gorro de lana con que cubríase la cabeza cuando no estaba presente "él", y por un instante vaciló entre dos acciones que expuso apretando los dientes.

—No sé si hacerte comer mi gorro o comérmelo yo, por haber sido tan estúpido como para darte confianzas. ¡Si te explicaba lo del lince, maldito seas tú, era porque suponía que deseabas instruirte que buena faltadnos hace, mala puñalada te den que te tenga dos años boca abajo en camastro lleno de chinches!

—Chinches, linces, y otras boberías... mientras va acercándose el sol para meterse en la joroba de los montes, y nosotros aquí perdiendo el tiempo en charlas poco propicias a la redundante claridad de la fraseología, que es lo que yo opino...

—¡A callar! ¡Vamos a ir a tierra, ya que no asoma ni por asomo el putrefacto velero del "mahomete"!

—¿Ves tú, compadre? Cuando quieres eres lo que eres.

Cuando la chalupa los dejó en tierra, fue Ambrosio Bustamante el que ingenuamente, con descaro, sin malicia, volvió a preguntar:

—¿Qué me contabas del lince, compadre?

—En fin, paciencia, que yo me lo he buscado-dijo "Cien Chirlos", respirando con fuerza —. Hace tres noches descalabramos a unos tipejos graciosos, ayudados por aquel caballero joven que primero quería hablarme, y luego no.

—Te debió confundir con otro, yo opino.

—Después de la pelea, puesto que nos tomaban por espías de no sé qué ni quién, debieron estar alerta. Por lo que si hubiéramos ido de "explorada", quizá hubiera salido mal el negociejo. Hemos dejado pasar tiempo, y así esta noche ya no estarán vigilantes.

—Cabal hablado, compadre. Yo opino que, al igual que tú, me gusta atizar y oír romperse los huesos de los demás o ver cómo el que quiera ensartarme pone los ojos en blanco mientras le hinco el

pincho en la carnaza, pero estando ausente el jefe no es preciso ir más allá de los justos riesgos necesarios para pasar el tiempo sin aburrirse mucho. Oye “Cien Chirlos” ¿por qué cuando no está nuestro jefe, estoy algo así como el... el pájaro que tiene nido, pero no ve el tronco en el que están las ramas del nido? No sé si me entiendes... Le veo a nuestro jefe, y aun que esté comido de hace un par de horas, me quedo como si hubiera comido un pavo recientito. No está él y como para comer, bebo porque es obligación, y duermo porque así pasan más pronto las horas. Tú podrás explicarme eso.

"Cien Chirlos” miró casi con amabilidad a su compañero de exploración, que al igual que él, pisaba pies desnudos, y andaba aprovechando matorrales y troncos de palmeras para ocultar la proyección de la sombra contra la arena, mientras se dirigían hacia la morada que les había llamado la atención.

—Eso es muy sencillo, “Pencas”. ¿Qué familia tienes tú?

—Mis viejos murieron, y por suerte sólo echaron al mundo un hijo que es éste que a tu lado susurra. Había un hermano de mi viejo, pero era un avaro que dejó morir de hambre a mis viejos, y yo, al quedarme solo, un día tirando del arado, pensé de pronto en algo que se caía de natural. Era indecente que estuviera tirando del arado que era propiedad de mi tío, o sea el hermano de mi viejo explotado por mi tío. Cogí mía azada, fui adonde el avaro estaba bebiendo agüilla fresca del cántaro y esperé que terminara para decirle lo que se me acababa de ocurrir, y que era que por ganar más pinta, mató a mal comer y trabajando a mis viejos. No rechistó...

—No rechistó porque le diste con la arada en el cogote, ¿no? —comentó "Cien Chirlos”, sintiendo aumentar su amabilidad.

—Le di en el pecho, porque allí dentro no podía tener corazón. Y tuve que salir por pies, porque su cadáver era el fiambre de un tipo amigo del juez, y aunque éste era juez de los jueces buenos, yo no podía explicar el manejo de la azada. Bueno, yo opino que el caso es que no tengo familia.

—Pues a eso voy, “Pencas”. Nuestro jefe nos dio familia al darnos barco.

—Yo opino que sólo el barco no me basta.

—Es que además, “él” nos regaña como el padre lo hace, y cuando hay pelea es hermano, y cuando hay reparto de botín, la

madre. Y por salvar la piel de uno de nosotros, no vacila en jugarse la suya que vale mil veces más que la tuya y la mía juntas.

—Cabal, “Cien Chirlos”. Eres, talento cuando...

—Dale nudo a la lengua. Hemos llegado a zona de silencio.

Anduvieron callados porque divisábanse ya las tapias blancas que rodeaban la mansión particular de Gregor Fedoropoulos.

Saltaban poco después, sirviéndose “Cien Chirlos” de su compañero como de trampolín para alcanzar el reborde de la alta tapia, desde la cual a horcajadas se deslizó al otro lado.

Desarrolló la cuerda que en previsión llevaba al rededor de la cintura, y, lanzándola por encima del muro, fue atrayéndola al sentir el peso de su compañero de exploración.

Juntos de nuevo, estuvieron unos instantes agazapados, hombro contra hombro.

Era suficientemente clara la luz lunar para permitir divisar gran extensión del vasto jardín, sumido en la más profunda quietud.

—¡Tripas! —exclamó Ambrosio Bustamante aunque ahogó su exclamación dándose un manotazo en la boca, mientras con la izquierda designaba a ras de suelo y allá a lo lejos, algo que el propio “Cien Chirlas” miró con recelo.

Varias calaveras resaltaban escalonadas, visibles por las luces que brillaban en las vacías cuencas, dándoles aspecto de fúnebres luminarias rojizas.

—Yo... opino... que podemos... volver... de día-musitó, tragando saliva, el navarro.

—Quien tiene miedo de calaveras es un bobalicón.

—Es que... las caninas... no me hacen gracia.

—Aquí no hemos venido a reímos, Hay huesos... Pues hay entonces alguien que los hizo. Esto me huele mal... Vamos.

Tras “Cien Chirlos”, empezó al navarro a andar hacia la casa sin luces. No se oía el menor ruido... y tanto más resonó el grito de Ambrosio Bustamante, cuando inesperadamente falló el suelo bajo sus pies.

Asustado por la precedente y cercana visión, de las calaveras, el navarro, hombre valiente de común, agarróse febrilmente a la cintura del lugarteniente del “Aquilón” mientras caía a lo que él su ponía profundo abismo.

—¡Suelta, condenado! —gritó “Cien Chirlos” cuando quedó en

pie, después de hundirse hasta media pierna en blando suelo.
Miró hacia lo alto:
—Una trampa en la que hemos caído como dos perrillos. Por suerte tengo la cuerda... Pero el borde está alto, y no habrá sitio donde lanzarla. Aunque me suba sobre tu cabeza...
Se calló “Cien Chirlos”, porque un chirriante ruido acompañaba el obscurecimiento progresivo del hoyo cuadrado.
Las paredes eran lisas y el suelo lo formaban haces de hierba, los cuales evitaban que al dar el forzoso salto de cinco metros, ambos piratas quebraranse los huesos.
Quedó todo en tinieblas profundas, y la voz del navarro musitó:
—Yo opino... que nos han copado... los trasgos.
—¡Qué trasgos ni qué jorobas! —masculló “Cien Chirlos”.
Agazapóse, desenvainado el cuchillo, al ir entrando luz en el hoyo, pero procedente de abertura que iba abriéndose desde el suelo a la altura de un hombre, y en la parte derecha de la fosa trampa.
Un doble rastrillo quedó visible, y al fondo, sentado sobre sus piernas cruzadas, un hombrecillo quedó iluminado por resplandor de antorchas que ya habían alumbrado tenuemente la fosa.
Pocos eran en los albores del siglo XVIII los orientales que residían en la Costa Dorada, pero resultaban desconocidos visualmente para “Cien Chirlos” y Ambrosio Bustamante, el cual, con voz temblequeante, opinó:
—Un fantasmón, y de piel de muerto de fiebres.
El hijo del Celeste Imperio contemplaba a los dos prisioneros con los rasgados ojos semicerrados. Ocultaba sus manos en las amplias mangas de la larga túnica de seda bordada con dragones.
Bajo el cónico casquete que cubría su cabeza, asomaba la larga coleta.
“Cien Chirlos” tardó unos instantes en recuperar su habitual valor agresivo. Lanzóse contra la primera reja que inútilmente trató de zarandear. Lo que al navarro se le antojaba misteriosa labor de encantamiento, no era más que la substitución de pared corrediza por rastrillo que comunicaba con el subterráneo.
Y volvió a quedarse inmóvil, estupefacto, al oír la mesurada parla del oriental.
—Muy humildemente hago saber que nadie poder escapar de

fosos de Gregor, mi dueño.

—Yo opino que no es fantasmón, porque habla-dijo, envalentonado ya el navarro. —Eso ya está mejor. Oye, muñeco pintado y rabudo de cogote, ¿qué mala pasada es ésta? ¿Quién tripas eres tú?

—Yo ser el verdugo especial de Gregor mi dueño. Ser Ling-Fu, hijo del Celeste Imperio, y disfrutar cuando mi dueño permitir que yo respetuosamente demuestre mi arte.

—¡Que venga ese Gregor del demonio! —masculló "Cien Chirlos".

—Él vendrá cuándo deba venir. Yo sólo estar aquí para ir estudiando qué mejor tortura puedo dar respetuosamente a vosotros. Ling-Fu, hijo del Celeste Imperio, ser artista muy honrado de conciencia.

—Escucha, macaco. Yo opino que aquí encerrados estamos perdiendo el tiempo, y si hablamos con ese Gregor que nos ha confundido con osos, le diremos que nada va con él. Nosotros lo buscamos es a gente de otra tierra, y como vemos que no es por aquí por donde van las cosas, pues, nada, tan amigos y abre la reja, macaco.

—Cuando Gregor venir, él decidirá qué hacer con espías que saltar de noche paredes de su casa.

—Pero, hombre, macaco feo, yo opino que yendo tú a buscar al Gregor ese, ganaríamos tiempo. No estés ahí tocándote la barriga con los remos y las asentaderas con los tacones. Yo opino que debías galopar en busca de don Gregor, el cual se dará cuenta que aquí no ha panado nada, porque total, nada es...

—Siéntate, y ahórrate salivilla, "Pencas" —aconsejó "Cien Chirlos", que ya estaba sentado, semihundido en la hierba que alfombraba el suelo del foso.— Este que dice ser un hijo de donde se le antoje, debe ser uno de esos que oí decir una vez vivían en tierras de mandarinas y que se sabían cada tormento que eran de aúpa.

—¡Anda! Pues ya caigo-dijo el navarro, sentándose junto a "Cien Chirlos" y dando también frente al doble rastrillo. —Eso ya está mejor así de claro.

—¿Qué es lo que está mejor, maldita sea tu estampa?

—Pues que si es de allá, de las tierras de Marco Polo, pues no es

fantasma. Y a mí eso es lo que me importa. Yo opino que todo se aguanta, menos eso de que por la noche te salga una cosa larguísima envuelta en trapo blanco y echando lumbre por arriba y tufo de azufre por abajo... Eso sí que no lo aguanto yo. Seguro estoy de que si viera algo semejante, se me helaría la sangre y palmaría...

—Muy humildemente hago saber al respetable que habla que Ling-Fu ha sido maldecido por muchos.

—Añade mis maldiciones.

—Pronto es, mis respetables prisioneros. Yo no he empezado aún a demostrar mi arte. Tengo arañas negras que comen carne, serpientes sin veneno, pero grandes, ratas pequeñas pero muy malas, y también puedo cortar durante un mes a un hombre sin darle muerte dejándolo sólo en tronco de cabeza viva. Verán, verán los respetables prisioneros espías que me honran.

Y el chino guardó silencio.

“Pencas” inclinóse al oído de “Cien Chirlos”, y dijo sonriente:

—Tiene de todo o al menos de eso presume. Pero lo que a mí me tranquiliza es que no tiene fantasmones.

Capítulo IX

El lazarillo

La amenazadora conminación de Cheij Khan no surtió efecto en Diego Lucientes, el cual cruzóse de brazos dejando colgar sus dos manos cubiertas por manoplas azules, bajo una de las cuales escondíase el hierro del ingenioso artefacto que suplía la carne.

—No podemos pelear tú y yo, chacal. Somos amigos, mal te pese. Yo no pienso nunca pelear contigo sin la suficiente razón, y ahora en estos momentos no la hay. He venido a que me invites a un buen trago, que me lo merezco, porque te he buscado por todos los “acotados” esos hasta dar con tu paradero.

Avanzó Cheij Khan, contraída la faz en rictus salvaje. He detuvo a tres pasos del madrileño:

—Tú me has visto huir de un hombre.

—Nada tiene de vergonzoso. Estabas debilitado por reciente dolor, y tu mente no ordenó a tus músculos la acción. Eso es todo. A mí me ha pasado alguna que otra vez.

—Tú me traes el recuerdo de la última de mis desilusiones. Tú eres imagen del mundo al cual nunca podré pertenecer... ¡Desenvaina y dame frente!

—Un día dijiste que yo era “tabú” para ti, porque te constaba, como también ahora, que siento amistad por ti, en contra de cuantas acusaciones te señalan como autor de fechorías imperdonables. Yo, por amistad hacia ti, no quiero creer en ellas. Llevo un incómodo collar que me resta encantos y no te lo achaco.

—Cesen tus chanzas. ¡Defiéndete o te mataré como a cobarde que rehúye la lucha!

—Cálmate, chacal. He venido...

—A reírte del que huyó... ¡Defiéndete!

—Para que haya pelea, hace falta que dos quieran camorra. Y yo

contigo no la quiero...

Proyectó el hijo del Pirata Negro su espada rectamente hacia el corazón de su interlocutor.

Diego Lucientes tambaleóse hacia atrás a consecuencia del recio golpe. Quedóse vacilando...

Soltó Cheij Khan su espada, escondiendo el rostro entre las manos. Acababa de dar muerte a un hombre que no se defendía, a un hombre que le había demostrado afecto...

—Repámpanos. Gracias le sean dadas al ingeniero Valban, porque sin él .no estaría yo hablando.

Miró Cheij Khan incrédulo al que, inclinándose, recogía la espada para tenderla por la guarda al que acababa de herirle, al parecer mortalmente.

La punta estaba quebrada...

—Apacigua la sangre, muchacho. Debiste recordar que el antebrazo que me falta está reemplazado por uno más útil de hierro, el cual funciona por las ligaduras que lo atan a la media coraza que protege la mitad de mi precioso busto serrano. Cuantos lo miran quedan boquiabiertos. Que así se queden, y me llamarán “quebrantaaceros”. Tú y yo, mano a mano, vamos a charlar.

Cheij Khan, ceñudo, volvió a sentarse en la mesa que ocupaba y Diego Lucientes propinó con su mano de hierro, un sonoro puñetazo sobre la mesa.

Acudió presurosa una criada, que al igual que todas las del mesón, era de buen ver.

—¿Deseáis, caballero?

—De tus manos veneno y de tu boquita insultos, si besar puedo venenos e insultos-sonrió Lucientes.

—¿Os traigo vino del espumoso, caballero?

—La espuma la echo yo por las mirillas contemplándote, agraciada Maritornes refinada. ¿Por qué mueves las faldas y retuerces la punta de tu delantal demasiado limpio?

—Es que decís cosas muy peregrinas, caballero...

—Peregrinaría yo por donde me sé, si tú fueras abriendo camino. De veras te digo que estás tentándome... O sea que vuela, y envíame a bigotuda dueña con jarro grande de espumoso, que tengo sed de mosto que doblaste al aparecer.

Marchóse la criada y, risueño, Diego Lucientes alargó las

piernas, desabrochándose el cinto.

—Bien se respira en este antro limpio. Estoy evocando cuando allá en mis juveniles días frecuentaba yo parecidos lugares y el vino sabíame a nuevo y la sonrisa de mozas a poco saboreadas. Pero los años han pasado, y sigo creyendo que el arcipreste de Hita era un talento al afirmar quo sólo había una doble verdad: “zumo de vid y fembra placentera”.

Cheij Khan habló sordamente:

—No he de repetir mi agresión, pero ya que aquí estás y aunque sea remover en mi pecho llaga incurable, debo manifestarte mi honda repulsión. No puedo compartir tu buen humor. ¿Qué clase de padre eres que muerta ha poco tu hija, sigues comportándote como siempre, sin decoro ni reserva?

—Lección de la vida, chacal. Guarda tus penas dentro y es triste averiguar que lodo pasa, todo cansa y todo se esfuma en nada. No hay pena que al sentirla no la creamos imperecedera y el Padre Tiempo pasa su esponja escéptica, y todo se olvida. Ah… Bienvenida sea la gentil y pizpireta morenilla que portando jugo sabroso, cumple el bíblico precepto de dar de beber al sediento…

—Cuatro ochavos, Caballero —dijo ella, tendida la mano.

—Eso no lo decía la Biblia que yo leí. Otra desilusión. Toma tus cuatro ochavos, a los que añado media onza, si me contestas a tres preguntas.

—A vuestro servicio, caballero.

—Primera. ¿Tienes amor fijo y de compromiso o corazón?

—Libre, soy, caballero.

—¿A qué hora te dedicas a pasear?

—A las ocho termino, caballero;

—Llámame Diego, dime si me esperas a las ocho y la onza partida es tuya entera.

—No acostumbro a ser galanteada así, caballero-dijo ella, fingiendo pudibundez. ,

—Vaya para ti la moneda, porque eres una pava hipócrita y eso me demuestra que nada ha cambiado desde mis tiempos. Puedes ir en busca de otro jarro, linda Antonia.

—Me llamo Micaela.

—¿Y yo qué culpa tengo?

Marchóse la criada contoneándose y deslizando de vez en cuanto

una mirada de soslayo hacia su nuevo galanteador.

Pero Diego Lucientes estimaba ya suficiente el tiempo dado a Cheij Khan para reponerse.

—Tratemos de hablar fríamente, chacal. Con ecuanimidad. La desesperación se alberga en tu alma y bajo sus efectos podrías cometer actos que tu conciencia no te perdonaría. Tu primer amor fue Gaby...

—Un padre como tú, no debiera pronunciar el nombre de aquella cuya memoria no respeta.

—Dije que habláramos fríamente. De ti, no de mí. Tu primer amor, al ser imposible, ha sido el más hermoso, chacal. Los dioses se complacen cruelmente en concedernos aquella que más anhelamos, para que, desengañados, nos quede vacío en el alma y un suave mordisco en la boca del estómago que es donde realmente muerde la tristeza. Yo tengo ya el estómago cicatrizado, y por si acaso, lo baño en alcohol que es el secreto de conservarse alegre y resignado.

—La embriaguez es indecorosa en hombre de tu inteligencia.

—Lo indecoroso es beber eso que sirve para lavarse, existiendo cepas y uvas que para algo fueron plantadas, que en este mundo todo tiene su razón de ser.

—¿Qué razón de ser tiene el que estés aquí?

—Necesitas un lazarillo.

—Tú no sabes ser ni tu propio lazarillo.

—Por eso mismo. No hay mejor lazarillo que el loco Tú estás ciego por uno de los mayores pellizcos que la existencia reserva a los hombres. Y como es mi hija, con su ausencia, la que sin culpa alguna, pobrecilla, podría impulsarle a malas acciones en cuya fiebre trata de olvidar, yo he venido porque me siento responsable do tus actos.

—Ni quiero ni necesito tu amistad.

—Ahí está el verdadero amigo. El que se impone sin exigencias sino afectuosamente. Anda, muchacho, mírame el perfil y desarruga el ceño. Yo soy un pobre diablo, pero cuando le cojo afecto a alguien, puedo serle buen lazarillo. ¿Y sabes por qué? Porque yo, como tú, pasé por cruel pena de amores, peor que la tuya. No rechistes. Déjame hablar, que estoy llevando la batuta de dómine. Es ley de amores que todos creamos que nuestro dolor es el único.

No, hijo.

Comprendió Lucientes que había ya pasado el momento de peligro. Cheij Khan le escuchaba,

—A tu edad, conocí la que fue mi primer amor. Era rica y yo un mísero estudiante hampón. Le envié rimas de esas en que pasión hace juego con corazón, y sufrir con morir. Hoy me burlo de ellas, pero entonces las escribí tras vela de noche entera y temblando de hambre y frío en el Madriles de mis entrañas. Sus lacayos me apalearon, y ella se rió de mí. Nada puede doler más que una humillación ante la mujer soñada. Pasó el tiempo... La volví a ver. Me casé con ella, y me puso en el borde del peor de los abismos. Murió. Pasó el tiempo... Tuve otros amores, que siempre me daban ilusión. Los buenos, por fatalidad, me dieron tristeza. Los malos, por natural conclusión, me dieron más amargura. Pero bebo, río y galleo, muchacho, porque todo pasa y todo se olvida. Tú siempre podrás tener en el fondo de tu alma un altar de luz permanente: una luz límpida, pura, sin mancha ni temblor. Amaste, fuiste amado, y todo quedó en poesía y ensueño. Bien, me voy a soplar un trago, porque me da sed el ponerme tierno.

Durante la larga pausa en que además de beber, dedicóse Lucientes a observar las criadas que iban da mesa en mesa, Cheij Khan le contemplaba.

Al fin, habló el hijo del Pirata Negro:

—Sólo he conocido tres personas buenas: tu hija, Mireya y tú mismo. Pero ¿y todos los demás?

—Cada uno encuentra el ambiente que frecuenta. Abandona la senda peligrosa...

—¿Cuál es la senda peligrosa?

—Pirateando, sólo un hombre, el hidalgo Lezama, logró ser caballeroso y paladín de bondades bruscas. Tú sucumbirás como todos.

—Tengo un barco y mucho odio. Sólo viendo a mi alrededor tragedia y sólo oyendo llantos, hallaré bálsamo.

—Mal de muchos, consuelo de tontos. Remedia el tuyo de modo mucho más fácil. ¿Hay ensueño en tu alma? Déjalo ahí quietecito. Pero un clavo quita otro clavo. Ojea la mocita aquella; no te quita pupila de encima. Y todas tratan de disimular que te encuentran muy de su agrado. Embriágate de mujeres ya que no bebes vino.

Total, uno y otras dan dolor de sienes, pero mientras se toman, abrevian las horas. Hazme caso, chacal.

—Tu modo de filosofar es basto y vulgar. Cuando tenga tus años quizá sepa pensar así. Ahora, no. El mundo me ha endurecido. El mundo pagará.

—No, hijo. Si ahondamos en nuestras acciones, siempre veremos que los culpables somos nosotros.

—¿Tuve culpa de quedar sin padres y...? ¿Dices que quieren, ser mi lazarillo? Explícame por qué no maté al hombre que me hizo huérfano.

—Viste que era sincero. El no mató...

—¿Por qué huí?...

—No estabas en tus cabales. Olvida eso, muchacho.

—Tendré que matarlo cuando le vuelva a ver o si no moriría yo atormentado por la única cosa que no quiero poseer: la cobardía.

—Bueno. Hablaremos, de otra cosa.

—Vete, don Diego. Tu camino es muy distinto al mío.

—No, hijo. Donde vayas, iré. Es curioso, pero en esos tres años en que te he tratado, muchas veces se me antojó que ya en otras ocasiones tú y yo habíamos charlado. He estado en tierra africana. Quizá eras tú por entonces un moco suelo, con el que jugué, porque niños y perros siempre me han atraído.

—Quizá... Yo también he sentido a veces la impresión desconcertante de que en otra vida te conocí.

—Bueno. Será que así nacen las sólidas amistades. Pasemos al terreno práctico: pronto serán las ocho. Puesto quo no quieres buscar alivio a tus males en el amor, me sacrificaré. Juguemos al naipe.

—Esperando estoy a un griego que me dará ocupación. Después partiré a mi bordo.

—Conmigo.

—No.

—Soy marino rancio que ha salvado muchas escollos.

—Yo pretendo salvarte de otros escollos, don Diego. Vuelve a la vida que te pertenece.

—Esta es mi vida. Jaleo, jarana y juerga: las tres jotas.

—Estoy fuera de la ley.

—Nunca hice migas con esa señora severa.

—Mis joasmes saquearán, matarán y cometerán toda clase de fechorías bajo mi mando.

—¡Qué le vamos a hacer, hijo! Si esta es tu intención, el lazarillo tiene que ir delante del ciego o cuando menos a su lado.

—Me tratas como a un niño.

—Todo hombre que sufre es un niño apaleado, que quiere romper tus juguetes. Antes jugabas con el mundo; ahora quieres reventarlo. También te pasará.

—Junto a mí vivirás perseguido.

—Resulta divertido correr delante y no detrás. Da una emoción mayor. "¿Me atrapa? ¿No me atrapa?". Es más sano para las piernas que pretender cazar. ¿Quién es ese tipo que se aproxima?

—Gregor Fedoropoulos, el griego dueño de los mesones. .

El principal conspirador al servicio de los holandeses, saludó a Cheij Khan, e interrogante, miró a Lucientes.

—Esto caballero es mi único amigo, Gregor. Irá donde vaya y es mi consejero.

—Dijisteis, capitán Cheij Khan, que toda vuestra tripulación era árabe,

—Mi amigo ha venido hoy. Irá a bordo conmigo.

—Le recibisteis quebrando vuestra espada contra su pecho.

—Es un juego antiguo para impresionar a los mirones, mesonero-intervino Lucientes.

—Si respondéis de vuestro amigo, explicadle, pues, cuanto yo os confié.

Brevemente, Cheij Khan habló de la conspiración de "Aguas Revueltas".

Y Diego Lucientes suspiró pensando en el Pirata Negro, que se hubiera alegrado de poder estar en su lugar.

—Acato la promesa de discreción, Gregor. Yo soy el lazarillo del capitán Cheij Khan, que me conceda la merced de dejarse guiar por mí en determinadas circunstancias.

—Aquí tenéis el plano que os permitirá recalar en "Aguas Revueltas", capitán. No olvidéis que desde este momento os puedo pedir cuentas de vuestros pasos. En "Aguas Revueltas" nos veremos.

—Abur-dije Lucientes, levantándose —.Vámonos, muchacho. A tu bordo estaremos mejor.

Gregor Fedoropoulos quedóse pensando que el pelirrojo recién

conocido ejercía demasiada influencia sobre el capitán de un barco de catorce cañones y ciento tres árabes feroces.

Capítulo X

Tartar hace preguntas

—¡Órdago la grande! —exclamó Lucientes, al divisar por la playa la figura de un exótico coloso que se acercaba—. ¿Qué coco es ese?

Estaban cerca del lugar donde Cheij Khan había dicho que una lancha del "Islam" aguardaba permanentemente su llegada para ser trasladado a bordo.

Detuvieron las dos sus caballos, desmontando.

El tártaro, herético en su impresionante figura, saludó a usanza árabe, impávido el rostro.

—Me place verte, Tartar, pero creo que tu lugar estaba a bordo del "Islam" —dijo Cheij Khan, en español.

—Si aquí estoy, capitán Cheij, es porque estaba escrito que el Destino empleara mal tu ausencia-replicó, en árabe, el tártaro.

—Te hablo en español porque quiero que el caballero que me acompaña nos entienda. Te presento a mi lugarteniente Tartar, Diego Lucientes. Fue almirante en la flota persa. Se llama a sí mismo loco, pero es un taimado cazurro.

Tendió Lucientes la diestra, pero Tartar, inclinándose, le saludó a la arábiga, sin tomar la mano ofrecida.

—Habla, Tartar.

—Motín.

—¿Harbin-el-Neid?

—Todos, capitán Cheij. El viejo joasme les azuzó invocando tu larga ausencia.

—Pudiste reprimir la rebelión.

—No pude, capitán Cheij. Y si estoy en pie, es porque las puertas del paraíso se cerrarán para los que maten un pobre de espíritu como yo.

—¿Dónde está el “Islam”?

—Me obligaron a abandonarlo. No se divisan sus velas desde hace siete días.

—Confié en ti, Tartar.

—Dame muerte, que tranquilo moriré porque no me culpo de negligencia, capitán Cheij. No estaba en mi poder dominar a ciento tres piratas joasmes que sólo a tu presencia podían rendirse.

—¡El “Islam” es mío, y con joasmes o sin joasmes, volverá a ser mío! —bramó Cheij Khan—. Tu larga experiencia puede serme útil, señor Lucientes. ¿Qué harías tú?

—Montar a caballo y olvidar el “Islam”

—Hay algo llamado hombría. Yo no puedo quedar en entredicho como capitán que en su primer barco es abandonado por toda su tripulación.

—Tú abandonaste el barco, capitán Cheij. Y tu lugarteniente no podía imponerse a cien hombres que por lo visto, albergaban ya un sentimiento latente de rebeldía,

—Buscaré oro y reclutaré cincuenta aventureros. A caballo recorreré el litoral hasta dar con el anclaje del “Islam” y haré escarmiento.

—Bueno. Pues a ello. ¿Dónde está, el oro?

—Pensaré dónde encontrarlo.

—Yo recuerdo lo que una vez me dijo Carlos Lezama, a poco de yo enrolarme bajo su mando —empezó a decir Lucientes.

El hasta entonces impasible Tartar, abrió ligeramente la boca. ¿Cómo podía aquel pelirrojo pronunciar las dos palabras tatuadas en persa en el antebrazo de Cheij Khan? Aquellas dos palabras incomprensibles...

—...“Si pierdes barco por motín, no busques otra tripulación, sino otro barco. Trae mala estrella el velero donde se amotinó la morralla”.

Alejóse Cheij Khan unos pasos llanta detenerse al borde mismo de la orilla donde el agua mojaba mansamente los cascos de su caballo blanco.

Y Tartar preguntó inesperadamente a Lucientes:

—¿Tú sabes el idioma persa, señor?

—¿Eh? —asombróse Lucientes, interpelado de pronto.

—Pregunto, señor, si conoces el idioma persa.

—No. Ni media letra.

—¿Quién es Carlos Lezama?

—Vaya, amigo, por preguntar no te quedas mudo. Pero resulta entretenido ver cómo de una cosa saltas a otra. Yo me estoy preguntando qué tendrá que ver el idioma persa con el hidalgo Lezama, pero puesto que todos somos libres de divagar, puedo contestar gustoso a tu última pregunta. Carlos Lezama es el Pirata Negro, que ahora emplea su título de conde Ferblanc.

—¿No es el conde Ferblanc el enemigo de mi capitán?

—El conde Ferblanc no tiene enemistad ninguna contra tu capitán.

—¿Sabes tú, acaso, señor, qué significa la palabra cuyas letras, una a una, dicen Lanzarote?

Diego Lucientes pellizcóse la nariz, síntoma en él de profunda perplejidad.

—¡Repámpanos! Tienes preguntas con miga. Lanzarote es una isla. De fatal recuerdo precisamente para mi amigo Carlos Lezama, porque allí perdió a su hijo, que murió ahogado en el mar. Un chaval muy entero, que también se llamaba Carlos.

—¿Hace años de esto, señor?

—Exactamente fue en 10 de febrero del año diez.

—Gracias, señor.

Alejóse impasible el tártaro, mientras Diego Lucientes quedábase convencido de que el seso del gigante no estaba muy sano.

O quizá hubiese estado en la isla de Lanzarote y al oírle ahora a él citar el nombre de Carlos Lezama, recordara la lápida puesta sobre una tumba.

Tartar comprendía confusamente que algo de gran trascendencia acababa de serle revelado.

Se aproximó, siempre impasible, no obstante, hasta saludar al hijo del Pirata Negro.

—¿Puedo preguntarte algo, Cheij?

—Habla.

—¿Conoces el significado del tatuaje que llevas grabado en tu antebrazo izquierdo?

—Te dije ya que fue Bu-Djema quien lo hizo cuando era yo niño, diciéndome que era salvaguardia contra el maleficio. Debió ser burla del viejo malvado… porque el maleficio se ceba en mí.

—¿Conoces la isla de Lanzarote?

—No. ¿Crees que hacia allá habrá, ido el “Islam”?

—¿Sabes dónde estabas el 10 de febrero del año diez?

—Supongo que en manos del árabe domador —Bu-Djema.

—¿Sabes quién es Carlos Lezama?

—Sí. Es el conde Ferblanc. Tus preguntas son incoherentes, Tartar. Déjame solo, porque estoy pensando en el modo más rápido de obtener dinero para enrolar a cincuenta aventureros que me permitan recuperar el “Islam”.

Alejóse de nuevo Tartar, aproximándose a Diego Lucientes, el cual, por hablar de algo, mostró el tatuaje que lucía el tártaro en el antebrazo.

—¿Tu puñal?

—Juramento de fidelidad a mi capitán. Hecho con sangre... y creo, señor, que otro tatuaje hablará con esa callada voz que tiene la sangre.

—Eres gracioso, Tartar. Creo que haremos buenas migas, porque me parece que estás como una cabra. ¿Qué tendrá que ver con los tatuajes esa voz colorada? ¿Sabes lo que es la voz de la sangre?

—Soy un pobre loco, señor, pero sé lo que es. Entre la gente de mar, un pacto firmado con sangre habla da fidelidad hasta la muerte. Y más comúnmente es la voz de la sangre la que hace que un padre y un hijo se reconozcan, pese a la larga ausencia, o que en el hijo hablen los malos o buenos sentimientos del padre. Está en la voz de la sangre.